

199



Libertad  
Lamarque



# Caminito de Gloria





José de Batlle Gorguiz

**CAMINITO DE GLORIA**

Jose de Botte Gurgui



PROHIBIDA LA REPRODUCCION

AQUEST LIBRE  
ESTÀ EXEMPT DE  
PRÉSTES

R 79 (CAMINITO) Anna

# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

## CAMINITO DE GLORIA

Asunto sentimental, de interesante tema e inspiradas canciones

Argumento y dirección de  
LUIS CÉSAR AMADORI

Música de  
ALFREDO MALERBA  
y  
JUAN DE DIOS FILIBERTO

Producción argentina  
SONO FILM



FLORALVA

Mallorca, 284 - Barcelona  
Avenida José Antonio, 65 - Barcelona



R 6.191



**PRINCIPALES INTERPRETES:**

**LIBERTAD LAMARQUE**

**Roberto Airaldi**

**Miguel Gómez Bao**

**Emperatriz Carvajal**

**Rodolfo Zenner**

**José A. Paonessa**

**Argumento narrado por  
Ediciones Biatagne**

# CAMINITO DE GLORIA

---

## Argumento de la película

---

Lentas y graves sonaron en el campanario de la iglesia las doce campanadas que señalaban la medianoche.

Con sigilo, sin hacer el menor ruido, atentos a cualquier incidente que pudiera surgir, los dirigentes de aquella misérrima compañía lírica que había ido al pueblo a dar unas representaciones cuyo fracaso rotundo les dejó sin blanca para pagar sus gastos, iban sacando al exterior del hotel, descolgándolos por la ventana, todas las bulas que componían su equipaje.

Regresarían a Buenos Aires más pobres de lo que habían llegado y era preciso valerse de cualquier subterfugio para tomar el tren que pasaba a la madrugada y huir de aquel pueblo en donde sólo dejarían deudas y un mal recuerdo de su actuación.

Trabajaban los cuatro en silencio: el

matrimonio, el director de orquesta de la compañía, su esposa la primera tiple, y la hija del primero, una muchacha de dieciocho a veinte años, muy linda, de grandes y oscuros ojos, en los que había destellos de trística contenida, y de tez pálida como la magnolia.

—Papito... si se entera el hotelero iremos todos a la cárcel... —dijo la muchacha, que no gustaba de aquella vida bohemía, vida azarosa en la que se encontraba envuelta bien a pesar suyo y que estaba en completa contraposición con sus sueños de chiquilla romántica.

—No te preocupes... No se enterarán.

—¡Y si pones más inconvenientes te doy tu merecido! — exclamó la tiple, madrastra de la chiquilla y que, como mujer ya madura que veía próximo su

ocaso y que estaba convencida de su decadencia sin querer rendirse a ella, sentía celos y odio hacia la muchachita que apenas comenzaba a vivir.

—Puedes gritar cuanto quieras, pues yo seguiré protestando. ¡Eso no es vida!—contestó la muchachita.

—Pues, venmos cómo te las compones tú para ganar dinero y sacarnos a todos de la miseria.

—¿Querías callaros? —intervino el buen padre.

—Pero, papá, ¿no ves que así no podemos seguir viviendo?... De todas partes tenemos que marcharnos como nos marchamos de aquí... y esto no es vivir...

—¿Y qué quieres que haga yo, nena? Los negocios van mal; la compañía no prospera; el dinero se escapa de nuestros bolsillos... ¡No hay más remedio!—suspiró el padre, que estaba dominado por su mujer y que casi no se atrevía a mirar a su hija cuando le hablaba, por temor a desencadenar en su mujer una tormenta de celos y de rencores que él quería siempre evitar.

—Tú trabaja y calla—ordenó secamente la madrastra, entregando a la muchacha una pesada maleta—. Toma, ájala a la sábara y descuélgala por la ventana.

—Yo no quiero huir así...—remachó la muchacha.

—¡Que te calles, impertinente!

Luego, increpó al padre.

—¡Y de todo tienes la culpa tú, que eres un padrazo, un calzones, un don nadie que te dejas dominar por todo el mundo! ¡Si tuvieras más carácter!... ¡No sé por qué me casé contigo! ¡Debería prescindir de los dos!

—¡Calla... silencio...! ¡Calla, por Dios, te lo ruego!—imploró el esposo, que en realidad no era más que un pobre hombre aniquilado por aquel enérgumeno del que había hecho su esposa en una hora de locura.

—¿Que me calle? ¡Pues no me callaré! He de deciros a los dos lo que pienso de vosotros y, sobre todo, de esa niña ridícula que con sus sueños de juventud acaba de estropear nuestros planes... ¡Es insufrible vivir con vosotros!

—Pues por mí... puedes marcharte—contestó la muchacha con naturalidad, sin exaltarse, porque conocía el genio de su madrastra y la tomaba en broma, porque de haberla tomado en serio, acaso las cosas hubieran empeorado de modo alarmante.

—¡Descarada! ¡Imbécil! ¡Si fuese mi hija!...—vociferó la madrastra, tratando de golpearla.

Pero la chiquilla, más ágil que ella, huyó de la habitación de un brinco y, al salir al pasillo, se dió de manos a boca con su tío, un hermano de su padre, hombre más bueno que el pan, que lo soportaba todo con resignación a cambio de poder tener un remedo de



hogar y un techo donde cobijarse y una mesa donde comer... aunque a veces tal comida no fuera más que un mendrugo de pan. Tocaba el contrabajo en la orquesta y adoraba a su sobrina.

—¿Qué ocurre? —inquirió el buen hombre en voz baja al ver el aspecto de la chiquilla.

—Se ha desencadenado el temporal —dijo la niña en voz muy baja, señalando la habitación de la que acababa de salir.

—Pues voy a servir de paraguas a tu padre—respondió con humor el buen viejo, que llevaba a cuestas su enorme instrumento y que, decidido a arrostrarlo todo, entró en el cuarto del matrimonio donde aún estaba éste discutiendo.

—¡Sólo tú nos faltabas! —exclamó ella al ver entrar a su cuñado.

—Por esto vengo... y no vengo solo, como puedes ver—replicó él, con perfecta calma, con aquella calma que exasperaba más aún a la tiple.

—¿Y qué vas hacer de tu contrabajo?

—Con trabajo lo llevaré hasta la estación...—replicó haciendo un juego de palabras—. Ya comprenderéis que no puedo tratar a mi instrumento con la rudeza que vosotros tratáis a vuestras maletas.

—Allá tú... El tren sale dentro de veinte minutos. Ahora que ya está todo el equipaje abajo nos vamos a deslizar

nosotros por las sábanas... Tú verás lo que habes.

—Yo haré lo que pueda, pero sin abandonar nunca mi instrumento: él es quien me da el pan que como.

—¡El pan que comes!... ¡Si tuvieras que comer de tus sonajas creo que ya estarías muerto de hambre desde hace mucho tiempo!

—Como si tú tuvieras que vivir de tus gorgoritos...

—Bueno, no peleéis, que bastante complicada está la situación...—intervino el director, que no podía sufrir las disputas y que se encontraba siempre metido en ellas a causa del carácter discorde e insupportable de su esposa—. La realidad es que... todos estamos un poco muertos de hambre...

Como habían dicho, se deslizaron por la ventana con la misma cautela con que habían bajado el equipaje, y dieron un suspiro cuando se vieron en el patio del hotel, prestos ya a salir a la calle.

—¿Estamos todos?

—Todos.

—Pues, yo voy a muy poca grata—dijo el director.

—Quiero decir que estamos todos los que estamos... —contestó su hermano—. El resto de la compañía está ya en la estación. Cada uno se ha escapado como ha podido. Allí nos esperan los demás.

—¡Ah, al fin nos veremos libres de

esta pesadilla!—exclamó la tiple, que iba muy porpuesta y llena de perifoneos, como si fuera a asistir a una fiesta en lugar de ir a emprender un viaje.

La muchacha, cuyo rostro dulcísimo denotaba marcada angustia, estrechó entre sus manos una medalla de oro que llevaba sobre el pecho, la posó sobre sus labios, la besó con ternura y, como si acabara de adoptar una heroica determinación, volvió a entrar en el hotel.

En aquel momento el hotelero, que había oído ruidos sospechosos y desconfiaba de todos aquellos cómicos de la legua, se presentó ante el director y le saludó muy atentamente:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches... Le creí a usted durmiendo...

—No... Está la noche apetezible y me salí al patio a contemplar las estrellas... Y ustedes... ¿se marchan ya?

—Sí... no... verá... íbamos a gozar también de las estrellas...—murmuró, desconcertado, el director.

—¡Ah!... No sabía yo que para gozar de la noche fuera preciso llevarse todo el equipaje...

—Es que... como hemos de tomar el tren de la madrugada... pues...

—Ya, ya comprendo... Y... ¿han liquidado ya su cuenta del hotel?

Se quedó el director perplejo unos momentos, y luego, con aplomo, porque por desgracia estaba muy acostum-

brado a huscar subterfugios y a vivir del engaño, contestó:

—¿Cómo no!... Le pagamos a su esposa...

—¿A mi esposa?—murmuró el hotelero, que acababa de dejar en la cama, tranquilamente dormida, a su cara mitad.

—Sí...

—Quizás... pero prefiero ceciliar-me... No lo tome a mal... pero en cuestiones de administración me gusta estar al corriente de todo.

Se acercó a una ventana y llamó a los cristales. Medio adormilada aún abrió la esposa y se asomó para informarse de qué se trataba.

—¿Pagaron ya la cuenta los señores?—le preguntó su marido.

—Sí—contestó ella, con gran asombro por parte del matrimonio y del viejo contrabaje, que estaba acurrucado en un rincón para poder pasar inadvertido y que no cayeran sobre él las iras del hotelero.

—¿La ve usted?... ¡Si ya se lo había dicho yo!... ¡Hemos pagado!—exclamó con altiva dignidad el director.

—No... la que pagó fué su hija—corrigió la esposa del hotelero.

Se mordió los labios la madrastra y el padre sintió una honda amargura en su corazón.

Despidiéndose de los dueños del hotel se encaminaron en silencio hacia la estación, que no estaba lejana. Por el

camino, la esposa, que no podía contener la rabia que la dominaba, murmuró, mascando las palabras:

—¡Ella ha pagado!... ¡Siempre ella!

—¿Y qué mal ves en ello?—preguntó el padre, que quería hallar disculpa a su hija.

—¿De dónde ha sacado el dinero?

—Son mis ahorros—explicó la chiquilla, mirando fijamente a aquella mujer, cuyo odio no le hacía daño porque se sentía muy superior a todas aquellas miserias.

—¡Tus ahorros!... ¡Ea el dinero que robas a tu padre! ¡Eso es!

—¿Oh, esto es una infamia!—se defendió la niña.

—Sí, señor, te lo ha robado a ti...

—insistió la tiple, dirigiéndose a su marido.

—Calla... Estamos llamando la atención—rogó él, avergonzado de la escena que estaba dando su esposa.

La muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, fué a sentarse en una maleta junto a su tío, que estaba abrazado a su contrabajo. La envió el infeliz en una dulce mirada, de hombre bueno, y le preguntó, susurrándole las palabras al oído:

—Marta... dime... ¿cómo lograste el dinero?

Marta bajó los ojos y no respondió. Sentía una tristeza tan infinita que no podía contestar, porque hubiera coto en sollozos desesperados.

Fué entonces cuando se dió cuenta el tío de lo que había ocurrido.

—¡Pobrecilla!... ¿Le vendiste tu medalla!...

—Sí, tío...

—¿Por qué hiciste eso?

—¡No podíamos marcharnos estando a esas gentes!

—Pero tu medalla era lo que más querías...

—Sí, tío...

—¿Y esa mala persona te ha llamado ladrona!

—Ella es mala... ¡pero él es tan bueno!—replicó Marta con ternura, pensando en su padre, por el que sentía una gran compasión que podía parecerse mucho al amor filial, aunque en realidad no lo era por completo, pues desde que su padre se había casado con aquella mujer, que era peor que una fiera, el cariño que antes sintiera por él se diluía en una piedad y una lástima tan grandes que casi se sentía más madrecita de aquel pobre hombre que hija suya.

Los componentes de la compañía lírica armaban una algarabía de mil demonios mientras esperaban la llegada del tren. Cantaban unos, reían otros, gritaban los de más allá y el tumulto creció ante la noticia que iba corriendo de boca en boca de que el tenor no había aparecido aún y que no llegaría a tiempo para tomar el tren.

—¡Que se calle toda esa gente! —



ordenó un empleado de la estación, dirigiéndose al tío de Marta, al que tomó por el director.

—¿Y por qué han de callarse, si les place chillar?

—Porque el ganado está durmiendo...

—Y entonces... ¿por qué está usted aquí? —preguntó el humorista contrabaja con una ironía que el empleado no fué capaz de captar.

En aquel momento llegó el tenor, corriendo como alma que lleva el diablo y llamando a gritos al peluquero para que le proporcionase una buena peluca y una barba con las que disfrazarse y huir de las iras del hotelero que venía siguiéndole con una enorme tranca en la mano, que estaba dispuesto a romperle en las costillas.

Todos le ayudaron: le prestó uno su abrigo, otro el sombrero, otro unas gafas, mientras el peluquero sacaba de su arsenal la barba y la peluca con las que le desfiguró por completo.

Ya era tiempo, porque el hotelero llegó, preguntando a grandes gritos, rojo de ira y con la voz llena de indignación:

—¿Han visto ustedes al señor Romagnoli? ¿Se ha marchado sin pagarme la cuenta? ¿Esto es un robo que no le consentiré! ¿Dónde está Romagnoli? ¿Le romperé la cabeza con esta tranca!

—Lo que ha de procurar, si encuen-

tra a Romagnoli, es que su cabeza no le rompa la tranca... — murmuró el contrabaja, que siempre estaba dispuesto a burlarse de todo el mundo y en contraba en todo momento la frase oportuna burlona, irónica o picaresca, algunas veces.

—¿Nadie ha visto a Romagnoli? — rugió el hotelero.

Todos disimularon, encogiéndose de hombros y volviéndose la espalda para no tener que contestarle directamente.

El hombre, cada vez más rojo de ira, se apoyó en su vecin bastón y dijo con firme resolución:

—Pues no me moveré de aquí hasta que le vea llegar... ¡Aunque me crezcan unas barbas como las de ese tío! —afirmó, señalando al propio Romagnoli, que no pudo reprimir una sonrisa de triunfo ante el engaño de su enemigo y perseguidor.

Llegó a la pequeña estación pueblecina un tren, y la compañía se precipitó a él alocadamente, intentando tomarlo por asalto, porque todos deseaban huir cuanto antes de aquel lugar donde tan malos recuerdos dejaban; pero el jefe de la estación les contruvo:

—¡No es este su tren! ¡Les digo que no es este!

—¿Y cómo lo sabe usted?

—¡Este es el expreso de lujo!... ¡Apéense inmediatamente!

—Podía haber avisado con tiempo... ¡El expreso de lujo!... No hay ningún

lotrero que diga que no podemos subir nosotros a él... ¿Es que no vamos bastante bien vestidos para codearnos con los millonarios? ¡Pues que nos pongan un furgón de carga! ¡Si lo que nosotros queremos es marchar!

Se apearon y se quedaron todos en el andén, mientras la máquina del expreso tomaba agua.

Marta estaba parada frente a una de las ventanas del vagón restaurante, tras de la cual una pareja elegantísima discutía acaloradamente. Él hablaba con calma y paciencia, mientras ella, indignada, le reprochaba quién sabe qué misteriosas suposiciones:

—No, no me digas que es la primera vez... ¡Ya sé que siempre has sido así!

—Te ruego que te calmes. No tienes razón en hacerte a cada momento una escena de celos por la menor cosa.

—¡Por la menor cosa! ¿A qué le llamas tú la *menor cosa*? ¡Así sois los hombres! A nada le dais importancia y nos destrozáis la vida.

—Yo no destrozo nada, querida... Pero si tú sigues así, me veré obligado a tomar una enérgica resolución.

Marta les miraba asombrada. No comprendía cómo aquella mujer podía discutir con el joven que la acompañaba, porque parecía todo un caballero y además tenía un no sé qué de atractivo y de simpático, que prendió en su alma.

Sacóse el desconocido una pitillera

del bolsillo y ofreció a su compañera un cigarrillo. Ella cogió con furia aquella pitillera y preguntó, echando fuego por los ojos:

—¿Quién te la regalado? ¡No la había visto hasta ahora! ¿De quién es?

—Es mía—contestó él, sin perder la calma.

—Pregunto quién te la ha regalado...

—Me la regaló mi hermanita.

—¡Tu hermanita!... Eso se lo harás creer a otra, pero no a mí. ¡Si ya sabía yo que todas las mujeres te vuelven loco!

—Si fuera eso cierta estaría en un manicomio... ¡Con la cantidad de mujeres que hay por el mundo!—rió él, sin querer dar importancia a aquel ataque de celos, a los que no se acostumbraba, porque siempre le molestaban, pero de los que no hacía caso ninguno por lo reiterados y cargantes.

Se volvió porque el camarero se acercaba a ellos presentándoles la cuenta, y se entretuvo liquidándola. Aprovechó ella el momento para coger la pitillera y, con disimulo, arrojarla al andén por la ventana abierta, yendo a caer a los pies de Marta, que la recogió prestamente.

Cuando el joven se dió cuenta de que la pitillera no estaba sobre la mesa, dijo, vibrando ahora en su voz la indignación:

—¿Qué hiciste de ella?



—¿De quién? —inquirió la dama, fingiendo no entenderle.

—Ya sabes de qué te hablo. ¿Dónde está la pitillera? Dámela. Es un recuerdo y no quiero perderla por un capricho tuyo.

—Tú debes de tenerla—replicó ella indiferente.

—Mari Ester, no me exasperes. ¡También mi paciencia tiene su límite! ¡Dame la pitillera!—ordenó el joven con energía.

Fue entonces cuando Marta, venciendo su timidez, se adelantó y, desde el andén, ofreció al joven la pitillera que había recogido del suelo.

—¿Es esto lo que busca, señor?—le dijo con su voz dulce, mirando con sus enormes ojos al caballero, que hizo un gesto de sorpresa, sorpresa ante la belleza de aquella criatura que estaba ante él, y sorpresa por ver en sus manos el objeto que buscaba.

—Sí... era esto... pero no comprendo...—murmuró.

—La señora la arrojó por la ventana...—

—¡Mari Ester!—exclamó él con reproche, mirando a su compañera.

Pero ésta, enfurecida, se había levantado y cerró violentamente la ventanilla para que no pudieran seguir la conversación. Marta, sin comprender el enojo de aquella dama, que tenía casi tan mal genio como su madrastra, se quedó con la pitillera en la mano, vien-

do como el tren, después de un largo y triste quejido de su máquina, se alejaba con resoplidos de fiera fatigada por una larga carrera.

Una voz la sacó de su abstracción:

—Buenas noches, señorita...

Volvióse sobresaltada y se encontró frente al caballero del tren.

—¿Usted?...—

—Me apeé del tren para darle las gracias...

—¿A mí?...—

—Y para no castigarla...

—¿A mí?—volvió a preguntar Marta, asustada.

—No... ¡A ella!

—Disculpeme... Me marchó...—dijo María, desconcertada ante el desconocido.

—Espere un momento... Deje que me presente... Soy Carlos Lodesma.

—Y yo Marta Rinaldi.

—Me gusta esta pequeña estación... Por eso me he apeado.

—No me interesa saber el motivo—replicó Marta en tono altivo.

—Pues a mí me importa saber a dónde va usted.

—A Buenos Aires.

—¿Usted sola?...—

—¿Le importa saberlo?...—

—No se enoje... Yo sólo se lo pregunto...

—¡A usted no puede importarle nada el que yo me enoje o deje de enojarme!

—Pero ¿por qué se pone usted así?

—¿Por qué me pregunta usted de ese modo?

—Yo quería rogarle que me recomendara usted algún hotel... No conozco esta población—rogó él, mirando a Marta, que estaba hecha una preciosidad con aquel enfado un poco fuera de tono que le daba mayor viveza al rostro y ponía más brillo en sus ojos.

—¿Un hotel?... Mejor será que no vaya a ninguno de los que nosotros le recomendamos — replicó Marta con amargura, recordando todas las penalidades pasadas para huir del hotel y el sacrificio que ella se había visto obligada a hacer de su medalla para no pasar por una estafadora.

El tren mixto que debía conducir a Buenos Aires a la misera compañía lírica de Rinaldi entró en agujas y se detuvo en la pequeña estación pueblerina.

Hubo la natural algarabía de voces, de precipitaciones, de gritos. Todas se adelantaron hacia el tren y subieron, llevando en la mano sus instrumentos; pero cuando el tío de Marta iba a subir con su enorme contrabajo, el jefe de la estación le detuvo:

—Usted no puede subir con ese instrumento ahí.

—¿Pues qué quiere que haga de él?

—Llevarlo al furgón.

—¡Ah, no, yo no me separo de mi

contrabajo! Es demasiado delicado para que lo confíe a otras manos.

—Pero ese instrumento ocupa mucho puesto... y no puede ir en el departamento.

—Yo le cederé mi sitio y me estaré en el pasillo.

—¡Oh, no, es imposible! El instrumento no puede ocupar el lugar de una persona.

—Pues lo pondré en la redcilla de equipajes — murmuró el buen hombre, mirando burlón al jefe, que comenzaba a enfadarse por su obstinada porfía.

—¡He dicho que no puede ir, y no irá! — gritó el jefe, impidiéndole el paso.

—Bien — se sometió el músico—. Pues prefiero irme yo al furgón a hacer compañía a mi instrumento. Es lo mejor que tengo en el mundo y no voy a separarme de él aunque usted y toda la compañía ferroviaria se empeñen.

Y con el contrabajo al hombro, marchó decidido hacia el furgón de cola y viajó entre los equipajes durante todo el trayecto, dormitando a ratos con la cabeza apoyada en el panzado vientre del instrumento al que él sabía arrancar sonos melodiosos desde su rincón de la orquesta.

Marta había subido también al tren, después de haber dicho un rápido adiós! al desconocido y, cuando el tren

se puso en marcha, se dió cuenta de que seguía llevando en sus manos la pitillera que había dado lugar al incidente.

Ella contempló un momento, sonrió y

la guardó con cariño en su bolsao, como si aquella pitillera fuera un lazo de unión, un algo inmateral, impalpable, pero fuerte y poderoso, que la uniera a aquel desconocido que la había impresionado hondamente.

...

En un teatracho de un barrio extremo de Buenos Aires, la compañía lírica de Rinaldi encontró acomodo para hacer algunas representaciones y tratar de ganarse unos pesos que la aliviaran de la miseria en que vivían.

Se representaba aquella noche "El Trovador", y la esposa de Rinaldi, convencida de que su voz era la más exquisita, la más brillante y la mejor de todas las voces de tiple que existían en la tierra, salió a escena muy orgullosa a cantar su parte.

Marta, por primera vez, salía a escena en el oco, vestida de guerrero y, como ella era una figurilla muy grácil, esbelta, delicada y los vestidos que llevaba no correspondían, ni con mucho, a su talla femenina, pues eran los de un hombre, su apariencia resultaba tan cómica que el público no pudo contener una carcajada al verla. No se inmutó la niña, antes al contrario, puso mayor fe y más alma en su canto, y su voz se alzó entre todas las voces del oco, dominando pronto a los demás e

imponiendo ella sola silencio sobre el público, que se quedó pasmado al oírla.

—Es mi sobrina —dijo con orgullo el del contrabajo a su vecino de orquesta.

—¿Ese guerrero? —inquirió el campanero descargando un formidable golpe en el bombo.

—Sí; hoy debuta.

—Pues no es un gran debut.

—Por algo se empieza.

—Podía haber empezado como primera parte. Seguramente lo hace mejor que esa gallina que está cacareando en escena —comentó el músico, refiriéndose a la esposa de Rinaldi, que lanzaba a su hijastra miradas llenas de ira y de malos presagios.

Marta le hacía de vez en cuando una graciosa mueca, y luego, muy por debajo, en un momento que tenía cerca a su madrastra, le dijo:

—Papá me ha mandado que cantara, y hoy voy a cantar, mal que te pese.



Irritóse la tiple y se rompió en su garganta la nota que estaba dando. Marta aprovechó la ocasión y se puso a cantar con naturalidad, con voz fresca, joven, pujante, la partitura de la protagonista.

Se alzó un revuelo en el teatro ante aquella suplantación, pero como la voz de la chiquilla era mucho más del agrado del público que la de la madrastra, ya gastada por los años y por las vicisitudes de su accidentada vida teatral, aplaudieron rabiósamente a Marta, que se vió levantada de pronto en volandas y metida entre bastidores.

Al poco rato volvió a salir y se puso a cantar de nuevo junto a su madrastra, apagando la voz de ésta con la potencia de la suya.

—¡Cállate! — le dijo la madrastra entre nota y nota.

Y Marta, aprovechando otra coyuntura de un compás de silencio, replicó rápida:

—¡La que se ha de callar eres tú, que cantas como una rata.

La madrastra le lanzó una mirada fulminante y atacó con brío un agudo, pero Marta le pisó la cola de la falda a propósito, arrancándosela y dejando a la tiple en pantalones en medio de la escena.

Grillos, risotadas, aplausos, escándalo formidable. Todos los espectadores

se habían puesto en pie. Entre bastidores se daba la voz de:

—¡Telón... telón!

Marta corrió atolondradamente de un lado a otro, huyendo de la furia de aquella mujer, que si la hubiera podido coger, la hubiese destrozado entre sus manos.

Todos los artistas se agolparon en torno a Marta; pero ésta se escaullía como una sabandija y buscaba escondite en el rincón más apartado del escenario.

El matrimonio Rinaldi se encerró en el camarín de la tiple y allí discutió largamente el incidente que acababa de ocurrir, a grandes voces, dejándose oír desde el pasillo, donde los artistas se amontonaban para escuchar.

—¡Esto es inaguantable! ¡Monstruoso! ¡Jamás habíamos pasado por semejante vergüenza! —rugía la Rinaldi, que se paseaba como loba enjaulada por el camarín, amenazado a su esposo con su actitud y con el brillo de su mirada.

—¡Cálmate, querida, cálmate... Yo te aseguro que no volverá a ocurrir...

—¡Claro que no volverá a ocurrir! Esto se acaba ahora mismo... ¡O ella o yo! ¡Elíje!

—Pero... —balbuceó el pobre Rinaldi, que no tenía carácter ni voluntad.

—Es mi última palabra... O sacas a tu hija... o me marchó yo... Tú ve



cás qué es lo que más te conviene... ¡No puedo seguir soportando las impertinencias de esa niña, que han llegado ya al colmo!

Mientras estaba agrupado junto a la puerta un puñado de artistas de la compañía, escuchando la discusión, llegó el hermano de Rinaldi, el artista del contrabajo, y mirándoles a todos con reproche, les dijo:

—¿Les parece bonito... escuchando detrás de la puerta?... Parecen niños de colegio... Vamos, aléjense... vaya cada uno a su camarín y dejen en paz las cosas que hay que ventilar en familia... ¡Parece imposible que no se den vergüenza!

Bajaron todos la cabeza, avergonzados de haber sido sorprendidos en semejante actitud, y se fueron retirando en distintas direcciones. Cuando se quedó solo el buen hombre, miró a todas partes para convencerse de que nadie le veía, y entonces fué él quien aplicó el oído al ojo de la cerradura para escuchar mejor lo que estaban diciendo su hermano y su cuñada.

Disimuló, paseándose despreocupadamente, al ver llegar hacia él al tenor que iba todavía vestido de trovador y haciendo gorgoritos.

—¡Oh... oh... uh... jo...! — cantaba, con gran alarde de técnica, de esa técnica del tenor que acaba de salir de

la escuela y que cree que todo, en arte, ha de ser técnica.

—No grite usted tanto, que ahora no hay público para que le aplauda— le dijo el viejo Rinaldi.

—¡Ah, es que yo hago lo que quiero de mi voz!... Vea... ¡Ah... ah... ah... ah!...

—Sí... no está mal... pero también yo hago lo que quiero con mi contrabajo... —arguyó el músico, que siempre hacía resaltar los méritos de su instrumento que no era estimado como él entendía merecía.

—¿Qué es lo que hace usted con el contrabajo? — preguntó el tenor, desafiado.

—Ya se lo digo... Lo que quiero.

—Entonces... ¿por qué no se hace un abrigo... ya que ese que lleva le queda tan chico? — preguntó el tenor, dando media vuelta muy digno, como si acabara de decir la más acertada de las sentencias.

El del contrabajo se encogió de hombros. No tomaba nunca a mal una broma, y mucho menos cuando la broma era acertada. Y la del tenor era acertadísima: si no podía ganarse la vida con su instrumento, ¿por qué se empeñaba en casarlo? Y la verdad era que el abrigo que llevaba debía ser de cuando iba a la escuela, porque le quedaba por encima de la rodilla y tan ajustado y chico que casi no podía mo-

verse dentro de él. Pero Rinaldi pensaba que cuanto más apretadito, más calor le daba, o así lo creía él, y la fe hasta muchas veces para convertir en realidad lo que se anhela...

Con paso lento se encaminó el filósofo al escenario, que ya estaba desierto y ofrecía ese aspecto desolado y trágico del escenario sin el oropel de las decoraciones: cuerdas por todas partes, andamios, trastos viejos y polvo por doquier.

Se sentó sobre un baul que había en un rincón y meditó unos momentos, no muchos, porque le sacó de su abstracción la figura de su sobrina que llegaba llorando desoladamente, con ese llanto silencioso que quema los ojos y desgarran el alma.

—¡Chiquilla! ¿Qué es eso?

—¡Ah, tío, qué desgraciada soy! —replicó Marta arrojándose en los brazos de aquel que era su único amparo.

—¿Pero qué es lo que tienes? ¿Qué te pasa?

—¡Yo tengo la culpa de todo!...

—Vamos, no seas niña... Tú no quisiste hacer eso... ¿no es verdad?

—No... pero lo hice...

—No te preocupes, criatura... Todo se arreglará...

—No, tío; esto ya no tiene arreglo.

—¿Qué estás diciendo?

—Esa mujer... ha logrado que papá me eche de casa...

—Vamos, no seas niña... Tu padre no puede hacer eso...

—Sí... si puede... Además, no podemos seguir viviendo así... ¡Hay que salir de esta miseria que nos come a todos!

—Los tiempos cambiarán, niña... Vendrán tiempos mejores...

—¿Verdad que sí, tío? —inquirió Marta secándose sus ojos y dejando que una sonrisa de felicidad y de esperanza iluminara su rostro.

—¡Claro que vendrán!... ¡No lo dudes!

—A veces también yo creo lo mismo... y sueño... sueño que soy una gran artista; que me rodea la gloria; que soy mimada por el público, buscada por los empresarios, adorada por los hombres... Sueño...

Sin darse cuenta comenzó a cantar con toda su alma aquellos sueños de su fantasía juvenil.

Su tío la escuchaba conmovido. ¡Lástima que la voz de aquella criatura no pudiera ser admirada por el público! Estaba seguro que sabría imponerse y que triunfaría si lograba encontrar un marco adecuado a su arte... Pero en aquella miseria...

Cuando terminó su canción y volvió a la realidad, Marta dió un hondo suspiro. Todo aquello no eran más que fantasías de su imaginación desbordada. La realidad era tan distinta...

—¡Ay, tío, nunca lograré alcanzar todo lo que sueño!

—Mira, lo primero que voy a hacer es hablar yo con esa... señora... y ver si la convengo de que lo que está haciendo contigo es una injusticia.

—No, tío, no logrará usted nada.

—Yo te aseguro que lo arreglo en dos palabras—insistió el tío, dirigiéndose muy resueltamente al camarín de la esposa de Rinaldi.

—Tío, estoy segura de que no conseguirá nada más que nuevos disgustos... Si viviera mamá, todo sería distinto... pero, esa mujer...

—¡Verás cómo yo le canto las cuarenta!

Marta le había acompañado hasta la puerta del camarín, y se quedó en el pasillo, esperando.

—¡No le dejaré cantar nada! — se dijo para su coleteo, cuando su tío afirmó que "cantaría las cuarenta a su cuñada".

No tardó cinco minutos en volver a salir el viejo Rinaldi, y dijo, mirando a su sobrina con mirada estúpida:

—¡Ya está todo arreglado!

—¿Qué ha ocurrido?

—Que... ¡que me han echado a mí también!

—¿No le decía yo que no conseguiría nada?...

—Mujer... nada... nada... Algo he conseguido... Quizá sea una suerte para mí que me hayan echado...

—¿Y qué va usted a hacer?

—Volver a Buenos Aires.

—Lléveme con usted, tío.

—¡Ah, no, no! ¡Eso me faltaría!

—¿Por qué no quiere llevarme? — imploró Marta con lágrimas en los ojos.

—Pero, hijita... ¿no ves que ni yo mismo sé lo que voy a hacer allá? No tengo casa, ni techo donde cobijarme... ni pan para llevarme a la boca... ¿Y quieres que te lleve conmigo para que te vea morir de miseria a mi lado?... ¡No, no, tú debes quedarte aquí!... Aquí está tu padre. El no puede abandonarte...

Se abrazaron los dos, llorando la niña y haciendo unos cómicos pucheros el viejo, que no quería mostrar su debilidad delante de su sobrina.

\* \* \*

Se metió en un vagón de tercera y se sentó en un rinconcito. El buen viejo llevaba una honda tristeza clavada en su alma, porque al alejarse de su hermano, se alejaba también de su sobrina y su sobrina era lo que él más amaba en el mundo. Pero se habían presentado las cosas de este modo y estaba acostumbrado a bajar la cabeza a cada golpe de la fortuna y dejarse llevar de la mano de un destino que para él no era ni demasiado amable ni demasiado pródigo.

Tenía suerte de su carácter humorístico, que nunca le hacía tomarse las cosas ni demasiado en serio ni excesivamente a lo trágico. En todo veía el lado cómico y se aprovechaba de él para salvar las situaciones difíciles y aun para olvidar un poco sus propios sinsabores, burlándose de su mala estrella, que jamás le había dejado un leve respiro para vivir, aunque sólo fuera por unos meses, la vida tranquila del que tiene asegurado su pan cotidiano.

¡Su pan cotidiano! ¡Ya se hubiera resignado a tener asegurado su pan semanal! No era ambicioso. Lo peor del caso era que no tenía asegurados más que la miseria negra y el porvenir oscuro. Pero, entre tanto, él se había propuesto marchar a Buenos Aires y, sin un centavo en el bolsillo ni la menor idea de lo que haría al llegar a la gran ciudad, allí estaba metidito en el tren que galopaba a toda velocidad por la vasta llanura de las pampas.

Sobresaltóse un poco al oír la voz del revisor que, muy atento, iba pidiendo el billete a los viajeros. El viejo Rinaldi se hacía el distraído con mucha gracia y cuando el funcionario de la compañía ferroviaria llegó a él y le pidió su billete, se llevó la mano al bolsillo y con mucha seriedad le entregó un billete de ferrocarril.

—Perdone, señor, no es éste el billete... — murmuró el empleado con amabilidad, creyendo en una posible confusión.

—¿Que no es éste?



—No, señor; debe haberse equivocado...

—¡Ah!... ¿Pero no es eso que le he dado un billete de ferrocarril?

—Sí, señor.

—Entonces...

—Pero no es de este tren, ni para este viaje —insistió el empleado, que comenzaba a creer que se las había con un desuprensivo.

—Usted me ha pedido un billete, y yo se lo doy... No es culpa mía que éste no me sirva—replicó Rinaldi con aplomo.

—Pero ya le he dicho a usted que no es de este tren.

—Bien... pues me iré en otro... No tengo empeño en seguir viajando en éste.

—Este es el expreso. Usted debería viajar en un mixto.

—Pues iré al mixto... Dígame dónde está.

—No se puede bajar ahora...

—No importa. Bajaré en la primera estación.

El revisor se alejó y Rinaldi dió un suspiro de alivio, arrellanándose en su asiento todo lo que se lo permitieron las duras tablas que lo formaban.

Cuando el revisor hubo abandonado el compartimiento, una voz conocida que parecía llegar de las ruedas del tren, le llamó:

—¡Tío... tío!

Creyó estar soñando y abrió mucho los ojos para convencerse de que estaba despierto. La voz volvió a sonar, ahora a su espalda:

—¡Tío... tío!

Volvióse rápido y se encontró con Marta, que salía penosamente de debajo del asiento del tren.

—¡Tío!

—¡Marta, chiquilla! ¿Qué haces tú aquí?

—¿Cómo quería que me quedara allí? —preguntó ella por toda contestación.

—Pero ¿adónde vas a ir?

—A Buenos Aires, con usted.

—¿A Buenos Aires?... ¿Y tienes billete... de mi misma clase? —preguntó Rinaldi con tono gusón.

—Sí, tío... Pero no le importe. Nos apareamos en la primera estación. Este tren ya no para hasta Buenos Aires...

—¡Cristina!... ¿Y qué harás allí?

—Ayudarle a usted.

—¿Ayudarme... a morir de hambre?

—A lo que sea, tío... No podemos morirnos de hambre... Usted tiene el contrabajo y yo tengo mi voz... Algún día hemos de triunfar.

—¡Ah, el triunfo... la gloria! También yo había soñado en todo eso cuando tenía tu edad...

—Verá, tío... Trabajaremos... Nos contratarán... Debutaré yo en el teatro y usted, desde la orquesta, se sen-



C A M I N I T O D E G L O R I A

tirá orgulloso de mí... Estoy segura de  
mí arte... Estoy segura de que un día  
la gloria me sonreirá...

—Caminito de gloria... flores a un

lado... espinas en el otro... Caminito  
lleno de abrojos... pero tentador y fra-  
gante, como las rosas... ¡Ay, hijita,  
Dios quiera que todos tus sueños cua-  
jen un día en realidad!

\* \* \*

Unas semanas más tarde, en uno de los principales teatros de Buenos Aires, los letreros luminosos con sus luces oscilantes encendiéndose y apagándose a compás en infatigable parpadeo, anunciaban el debut de la gran estrella María Luisa Maraval. Se leía este nombre en todos los pasquines de las calles, en los grandes cartelones que paseaban por las mejores arterias de la ciudad los hombres-anuncio, en las primeras planas de los diarios, por todas partes se veía en gruesos caracteres y en lugar sobresaliente, el nombre de la estrella que iba a presentarse ante el público bonaerense.

María Luisa Maraval... María Luisa Maraval... María Luisa Maraval... Así, incesantemente, se iba reproduciendo aquel nombre en todas partes.

La noche del debut, antes de comenzar la representación, ya estaba el escenario lleno de flores y hervía el teatro con la emoción de los grandes acontecimientos que congregan un público nutrido, exigente y ávido de novedad.

La Maraval acababa de arreglarse ante el espejo su tocado exquisito, mientras hablaba con volubilidad, dando en un minuto las más diversas y disparatadas órdenes a su doncella, que no era otra que Marta Rinaldi, la chiquilla soñadora que, no encontrando el camino de la gloria que buscaba, se había contentado en acercarse lo más posible a él y se había convertido en la doncella de aquella mujer de teatro que ya había triunfado y que a ratos parecía quererla enloquecer con sus servios siempre excitados.

—A ver, este lazo ha de estar más a la izquierda... No, no, he dicho a la derecha... ¿No ve que en el espejo me veo al revés y no sé lo que me digo? Usted ha de adivinar mis pensamientos... Este rizo que me cae sobre la ceja, échelo más atrás... Los polvos... a ver, pronto... El peine para recoger esta onda... He dicho que me empolve la nariz... ¡Ah, y la crema para las manos!... Pero, ¿no ve que esta pluma no sigue la misma dirección que

las otras? ¡Ah, es desesperante! ¡Quién tuviera una doncella que adivinara sus pensamientos!... ¡Ah, la correspondencia! — añadió, viendo que uno de los porteros del teatro entraba con un fajo de cartas.

—¿Se la leo, señora?—inquirió Marta, que iba de un lado a otro y se multiplicaba para complacer a la artista, sintiéndose gozosa de servir a una dama como la Maraval, aquella gran artista, de la que podría aprender mucho y a la que quizá algún día llegaría a igualar.

—No, no, el correo no debe leerse antes de salir a escena... Puede traer una mala noticia y estropear el éxito.

—Pero puede traerla buena...

—Las buenas noticias siempre hay tiempo para leerlas después... No, no quiero que me lea nada.

—Hay un telegrama—insinuó Marta, que iba mirando todo el fajo de la correspondencia.

—Léala...

—¿No decía usted que...?

—Sí... pero léalo... es mejor saber lo que dice... Saldría nerviosa a escena y no podría cantar bien... Vamos, ábralo y vea qué dice...

Marta lo abrió y ya iba a empezar a leer cuando la Maraval pensó lo contrario y dijo tajante:

—No, no, no, no quiero saber lo que dice... No lo lea... no lo lea...

—¿No quiere leerlo, señorita?—replicó Marta, que ya había recorrido con sus ojos las breves líneas telegráficas.

La voz del traspunto las interrumpió:

—¡A escena, señorita Maraval, a escena!

Salió la artista rápida y Marta se quedó mirándola con la sonrisa en los labios. ¡Oh, cómo le hubiera gustado estar en el lugar de la Maraval en aquel momento! Vestirse con un elegante vestido y salir a escena... Ahora la recibían los aplausos del público. Marta los oía lejanos, con el rumor del mar al batir en la playa. Luego escuchó su voz. También ella podía cantar como la Maraval, pero los empresarios no querían escucharla. Algún día sabría imponerse... Algún día triunfaría. Algún día su nombre oscilaría en los letreros luminosos de los teatros y aparecería su retrato en las primeras páginas de los periódicos...

Suspiró y fué recogiendo las cosas que la Maraval había dejado tiradas por el suelo.

Luego salió al pasillo, cuando la representación hubo terminado, y se encontró con su tío, que aun no había logrado encontrar trabajo.

—¿Qué tal, Luisita?

—¡Pero, tío, si ya ha olvidado usted mi nombre!—exclamó ella, sorprendida.

—No... si te pregunta por tu due-

ña... por Luisita Maraval... ¿Cómo te va con ella?

—Pues... su genecillo tiene... pero sabiendo llevárselo...

—Ahora, lo que hace falta es que yo encuentre trabajo.

—Estoy muy esperanzada, tío. El director es muy amable. Yo le presentaré a él. Creo que podrá darle trabajo en la orquesta del teatro.

—Pero ¿tú crees que nos recibirá?

—Estoy segura... ¡Es tan fina y atento!... Venga conmigo, le acompañaré hasta su despacho.

Fueron hasta allí y se detuvieron ante la puerta, sobrecogidos por los gritos extemporáneos que dentro se oían. El director discutía con Luisa Maraval, de la que estaba perdidamente enamorado.

Pero Luisa Maraval era una mujer exigente. Ya había pasado la edad de los romanticismos, la edad en que se cree en el amor y en que todo se sacrifica a él; la Maraval sabía que, en su mundo, era preciso sacar de los hombres todo lo que se podía mientras estaban enamorados... concederles un poco y exigirles mucho... luego, si se cansaban de una, ya se había sacado de ellos todo el provecho posible y la ruptura, en aquel caso, era siempre una liberación.

—Como no me regales la casa, me iré, me iré y no volverás a verme más

— chillaba Luisa Maraval, mientras arrojaba al suelo todo cuanto hallaba al alcance de su mano.

—Cálmate, querida... Te digo que te compraré la casa a plazos... No puedo ahora distraer una suma tan grande para colmar ese capricho tuyo... pero yo te prometo que te la compraré...

—¡A plazos, a plazos!... No estoy dispuesta a esperar... ¿Y si mientras pagas la casa a plazos te mueres?... ¿Quién me asegura el pago del resto de la cantidad? ¡No, no, la casa ha de ser mía en seguida!... ¡No quiero esperar!... ¡O la casa o me voy para siempre!...

—Pero yo te ruego...

—He dicho mi última palabra — seguía chillando la Maraval, rompiendo objeto tras objeto.

—No rompas más cosas, queridón... Parecerá que ha caído aquí una bomba...

—Yo rompo lo que me da la gana, ¿entiendes? — y arrojó al suelo diversos objetos, que se hicieron añicos.

—Luisita, nena...

—¡No me llames así! Ya no soy para ti ni Luisita ni nena... ¡No me quieres ya!

—Sí, te quiero, pero es que tú te pones de un modo...

—¿Cómo quieres que me ponga? Ya quiero la casa... Ya te he dicho que es mi última palabra. ¡O la casa o no



volverás a verme jamás!... ¡Oh, los hombres, los hombres, qué egoístas sois!

Con un portazo fenomenal salió la artista del despacho del director y Marta tomó a su tío de la mano y la introdujo en él. Ni uno ni otra iban con el ánimo demasiado bien dispuesto, pues los gritos que habían escuchado y la escena que habían presenciado, les hacían tener una fatal acogida. Pero como en la vida es preciso tener audacia y probar todos los medios de fortuna, se decidieron a entrar allí como el que se arroja al mar desde una cumbre sin saber nadar.

—Venía a presentarle a mi tío... — comenzó diciendo Marta, queriendo aparentar una decisión que no sentía, pues estaba poseída de la más profunda timidez.

—¡Qué me importa a mí de su tío! — rugió el director, que estaba de un humor de todos los demonios por la escena que acababa de hacerle la Maraval.

—Es que mi tío es contrabajo y podría tocar en la orquesta.

—¡Les he dicho que me dejen en paz!

Marta y su tío se miraron con desaliento y salieron al pasillo cabizbajos. La muchacha tuvo que correr al camarín de la artista, que la estaba llamando a voces, mientras su tío se quedaba paseando por el pasillo con las manos

en la espalda, rumiando sus preocupaciones, que no eran pocas.

—¿Dónde se había metido usted?... ¿No ve que la necesito? Ya sabe que no quiero que se vaya de aquí. ¡Es insufrible! Soy la mujer más desdichada del mundo. Si esta vida sigue así, voy a volverme loca. Pero ¿no ha oído que le he preguntado dónde se había metido?

—Estaba en el despacho del señor director...

—¿Eh?

—Ha estado amabilísimo conmigo... Yo le quería pedir una plaza de contrabajo en la orquesta para mi tío...

—¡Ay, no sé dónde he dejado mis flores! — exclamó la Maraval buscando por todas partes, sin hacer caso de las palabras de Marta. — ¿Dónde están mis flores? ¡Díamelo! Pero ¿dónde estarán mis flores?

—Señora... Si las lleva usted en la cabeza... — dijo Marta, conteniendo a duras penas su risa.

—¡Ah, es verdad! Pero si es que no sé dónde tengo la cabeza...

—Sobre los hombros, señorita...

—¡Ah, qué descaro!... ¡Jamás me habían contestado así!... ¡Yo voy a volverme loca! ¿Y el pañuelo? ¿Dónde está mi pañuelo?

—En su mano, señorita.

La artista estaba tan impaciente, tan nerviosa, tan fuera de tino, que no sa-

bía ni lo que hacía ni lo que decía, mientras Marta, que no había perdido su serenidad a pesar del recibimiento brusco y cortante del director, se mordía los labios para no estallar en carcajadas ante la actitud de la Maraval, que la divertía sobremedra.

El director, que estaba casi tan frenético y nervioso como la Maraval, salió de su despacho disparado y al encontrarse con el tío de Marta, que se paseaba pacientemente por el pasillo en espera de que su sobrina terminara el trabajo, le gritó con toda su fuerza:

—¿Qué hace usted aquí?

—Ya ve... paseo...

—¿No ha ido a ver al escenarista falta alguna cosa?

—No, señor, no fui; no tengo por qué ir...

—¡Queda usted despedido! — rugió el director, exasperado ante la flemía de aquel hombre.

—No puede usted despedirme... — arguyó con calma el viejo Rinaldi.

—¿Cómo?... — gritó el otro.

—No puede despedirme... porque todavía no me ha dado trabajo...

Con una mirada furibunda, el director se alejó a grandes pasos en dirección al camarín de la Maraval.

...

Momentos más tarde tío y sobrinas estaban comentando los hechos en la puerta de la calle, junto a la salida de los artistas, sentados en la escalerilla que daba acceso al teatro.

—Ya ves, hijita, qué distinto es todo de lo que tú habías soñado.

—Sí... Yo soñé en el camino de la gloria...

—...y ya te dije yo que era un camino en uno de cuyos lados había rosas y en el otro abrojos... y a nosotros nos toca esminar junto a los abrojos... Unicamente por ti lo siento.

Cesaron de hablar al ver aparecer a una muchacha del coro, llorando amargamente.

—Ya ve usted... Siempre hay una persona más desgraciada que una misma—murmuró Marta.

Y acercándose a la muchacha, le preguntó con dulzura:

—¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué llora?

—¿Me han despedido!

—Vamos... hoy le ha dado por des-

pedir a todo el mundo... ¡Hasta a mí, que nunca trabajé para él!— exclamó Rinaldi, sin perder su buen humor.

—¿Por qué le han despedido?

—Porque llegué tarde... Tengo a mi madre muy enferma... la estuve velando... y se me hizo tarde para venir al teatro... ¡Ahora me encuentro sin dinero con que comprar alimentos y medicinas para mamá! ¡No me han querido pagar mi jornal de la semana!

Aquella chiquilla lloraba tan desconsoladamente, que Marta sintió una honda compasión hacia ella y le dijo, decidida a llevar a cabo la idea que como un rayo había penetrado en su imaginación:

—Espere... no lllore... Yo soy muy amiga del director... Le voy a hablar... No se vaya y verá cómo yo se lo arreglo todo... ¿Usted ha pasado ya por la administración del teatro?

—Sí... y me dijeron que tenían orden de no pagarme.

—Pues yo haré que den contraorden. Rinaldi miró a su sobrina sin com-

prender qué era lo que se proponía, pues él mejor que nadie sabía cómo trataba el director a Marta, ya que hacía muy poco rato lo había comprobado personalmente. Pero Rinaldi tenía fe en Marta y esperó al lado de la corista despedida.

Sin perder tiempo dirigióse Marta al despacho del director, dió unos ligeros golpecitos en la puerta y, viendo que nadie contestaba, entró en él sigilosamente.

Fué directa al teléfono y habló por el micrófono, ahuecando mucho la voz para fingir voz varonil:

—A ver... pronto... con administración... ¡Jeeem!... ¿Ramos? ¿Es usted? Aquí el director... ¡Jeeem!... Lo he pensado mejor y le ordeno que pague inmediatamente el jornal a esa chiquilla que ha despedido... Sí, sí, ¿ha entendido usted bien? Que le pague todo el jornal... y le dé, además, un jornal adelantado... Eso es... Sí, ahora mismo...

Rinaldi estaba ante la puerta del despacho del director, esperando a Marta, con el corazón un poco sobresaltado porque no sabía qué resultado podría dar aquella estratagema, y su sobresalto creció cuando vio llegar a él al director en persona, que le preguntó de mal talante:

—¿Tiene usted una aspirina?... Me va a estallar la cabeza, con los disgus-

tos que me dan entre unos y otros.

—Sí, señor... tengo aspirina... Tome usted... con mucho gusto se la doy... y que se mejore...

Mientras hablaba iba colocándose ante la puerta del despacho, para evitar que el director pudiera entrar; pero éste lo apartó de un manotón y penetró en su despacho.

Marta seguía hablando por teléfono con Ramos, el administrador, dando aquella orden de pago con su voz que quería ser varonil y que apenas resultaba un pequeño remedo, pero que a través del hilo telefónico había engañado al administrador.

Cuando el director se dió cuenta de lo que ocurría, con el mal humor que ya había tomado dentro de él proporciones gigantescas, se encaró con Marta, la insultó, la llamó usurpadora, estafadora y otras muchas palabras ofensivas y acabó diciéndole que podía marcharse, que la Maraval ya no la necesitaba más, que no quería volver a verla en su vida y que si se acercaba de nuevo por el teatro, la haría detener por la policía.

Rinaldi, al escuchar aquellas palabras y aquellos insultos, fué directo hacia él, en actitud amenazadora, como si fuera a pegarle, pero al llegar a su lado, únicamente se limitó a decir con tono enérgico:

—¡Devuélvame la aspirina!



Y Marta, cogiéndose del brazo de su tío, añadió:

—Y no le pega a usted... porque tenemos prisa...

Se alejaron del teatro y entonces Rinaldi confesó a su sobrina que los pocos centavos que llevaba en el bolsillo se los había dado a aquella infeliz muchacha despedida que tenía a su madre tan enferma, para que pudiera comprarle alimentos y medicinas.

—Ahora... nos tocará ayunar... porque no tengo ni un centavo más...

—No importa, tío... ha sido una buena acción... Lo necesitaba más ella que nosotros...

—Ha sido una buena acción, es verdad, pero vamos a pasar mucha hambre...

—No, verá usted... Voy a casa de la Maraval... Ha recibido hoy un telegrama ofreciéndole un contrato muy ven-

tajoso para actuar en Río de Janeiro... Le diré que me lleve con ella... y quizá encuentre también manera de llevarle a usted.

La Maraval escuchó el relato que le hacía Marta y, queriendo proteger a aquella muchacha por el mero hecho de que el director la había maltratado, se puso de acuerdo con ella en seguida.

—Sí, vendrá usted conmigo a Río... Estoy muy contenta de sus servicios... Nadie me peina como usted y nadie sabe adivinar mejor mis pensamientos.

—¿Y mi tío?—se atrevió a preguntar Marta.

—Su tío vendrá también con nosotros. El se puede ocupar del equipaje. Los tres iremos a Río... ¡Verá qué bien lo vamos a pasar! Y el director de aquí, que se fastidia... ¡Ay, Marta, no se fie usted nunca de los hombres!... ¡Qué egoístas son... qué egoístas! — dijo, dando un gran suspiro.

\* \* \*

Una semana más tarde, Marta y su tío se encontraron a bordo de un gran trasatlántico.

Habían llegado ellos primero, para instalar el equipaje y hacer todos los trámites de aduana. La Maraval quedó en que llegaría en el último instante para evitar la invasión de periodistas y fotógrafos que por todas partes la iban siguiendo.

Cuando llegaron al muelle con la enorme cantidad de baúles y maletas, Rinaldi contó uno a uno todo el equipaje, luego se llevó la mano al bolsillo, como si fuera a dar una propina al hombre que hasta allí le había llevado todo aquel arsenal de cosas, y le dijo, con su aplomo acostumbrado y con su chusca ironía:

—Tome... tome por ahí derecho y llegará otra vez a su puesto...

El maletero disimuló su desengaño y se alejó, mientras los que rodeaban a Rinaldi se reían a carcajadas.

Cuando estuvieron a bordo, Marta y su tío esperaron pacientemente la lle-

gada de Luisa Maraval; pero el tiempo iba avanzando sin que la artista se dejara ver.

Marta, encerrada en el camarote de su señorita, arreglaba los vestidos en el armario, abría las maletas y colocaba sobre el tocador todos los enseres de maquillaje, mientras iba tarareando sus canciones con una alegría incontentida, pues aquel viaje a Río de Janeiro le hacía mucha ilusión, mucha ilusión, creyendo que en él encontraría, al fin, el caminito de gloria que iba buscando desde hacía tanto tiempo.

Y el tiempo seguía transcurriendo sin que la Maraval comparciera. La sirena del vapor había lanzado ya sus largos lamentos anunciando su próxima salida y Rinaldi entró entonces con una carta en la mano y se la entregó a su sobrina diciéndole:

—Toma, es de la Maraval...

Leyó Marta la carta y se quedó pálida.

—¿Renuncia al viaje!

—¿Cómo?

—Sí... Dice que renuncia al contrato que tenía firmado en Río y que se queda en Buenos Aires.

—¿Y qué hacemos ahora? — exclamó Rinaldi sin saber qué rumbo tomar.

—Volver a tierra inmediatamente.

—¿A tierra?... ¿Cómo?... ¿No notas que ya el barco ha desamarrado... y que nos alejamos del muelle?

Marta se dejó caer desalentada en un diván, y Rinaldi volvió a cubierta para dar una larga despedida a la ciudad.

Luisa Maraval había cambiado todo el rumbo de sus planes al saber que el director del teatro en que ella actuaba había por fin comprado la casa que tanto ambicionaba. El amor... a sus propios intereses, había podido más que el arte y que los contratos ofrecidos, pues la Maraval era positivista y estimaba que no valía la pena desperdiciar algo muy cierto por la incertidumbre del triunfo en otras tierras y del aplauso de otros públicos.

—Si has comprado al contado la casa... me quedo, amor mío—le había dicho, echándole los brazos al cuello.

Y había dejado que marcharan hacia lo desconocido aquellos dos pobres bohemios a quienes había querido proteger y de los que ahora se había olvidado por entero.

Fué Rinaldi el primero en darse cuenta de que entre los pasajeros del vapor

se les había confundido, tomando a Marta por la propia Luisa Maraval, pues al subir a cubierta para dar su último adiós a la ciudad de Buenos Aires, una lluvia de muchachitas, jóvenes, pasajeros de calidad, todos, en fin, cuantos estaban intrigados por la presencia de la artista en el buque, se acercaron a él y le llenaron de preguntas:

—¿Dónde está la Maraval?

—¿Se marcha por mucho tiempo de Buenos Aires?

—¿Bajará hoy al comedor?

—¿Cuándo tendremos el gusto de saludarla?

—¿Dejará que la podamos aplaudir durante la travesía?

—¡Oh, yo le pediré que firme en mi álbum de autógrafos!

—Y yo que me dedique una fotografía...

Así, en inacabable retahíla, iban todos diciendo su frase, demostrando bien a las claras que creían a ciencia cierta que la Maraval viajaba en el vapor que había emprendido su rumbo a Río.

Quiso el viejo Rinaldi capear el temporal de preguntas, pero sin descubrir la verdadera personalidad de Marta, pensando en su fuero interno que acaso aquello podía ser para su sobrina la iniciación de una buena suerte y la entrada del camino de la gloria, en el que la chiquilla tanto soñaba.



Trabajaban los cuatro en silencio...



—¡Pobrecillo! ¿Le vendiste tu medallón?





—Buenas noches, señorita...



Se representaba aquella noche "El Troyador".



Marta, por primera vez, salía a escena en el coro...



Valióse rápido y se encontró con Marta...



—Ah, la correspondencia!



—Sí, vendrá usted conmigo a Río...



—La señorita Maraval me tiene prohibido que te lo moleste.



Ahora no era ya Marta Rinaldi, sino Luisa Maraval...





Todos habían quedado prendidos en el encanto de aquella voz magnífica...



...las cuentas de los gastos hechos durante la travesía.



Fué un éxodo franco, rotundo.



...entre el montón anónimo de emigrantes viajaban Marta y su tío



—No quise que Carlos supiera mi desgracia.



—Soy el doctor Hugo Walter, muy aficionado al contrabando...

—No puedo contestar a ninguna de sus preguntas... La señorita Maraval me tiene prohibido que se la moleste... No sé si bajará al comedor... No firma nunca... ¡Ah, cantar, cantar!... ¡Quién sabe!... Está acostumbrada al gran público... No sé... No sé...

Inició la retirada a fin de evitar que siguieran preguntándole, pero los más audaces le siguieron hasta el pasillo de los camarotes y se detuvieron frente a la puerta del camarote destinado a la artista famosa, dentro del cual Marta Rinaldi cantaba sus canciones favoritas, bien ajena a la confusión de que iba a ser objeto.

—¡Ah, y usted nos decía que la Maraval descansaba!—exclamaron los que podían oír a través de la puerta cerrada.

Rinaldi abrió con cuidado la puerta del camarote y miró al interior. Marta, seducida por la magnificencia de los trajes de la artista, se había vestido uno elegantísimo y se estaba contemplando al espejo, orgullosa de su propia belleza, fascinada por el cambio que ofrecía su persona cubierta con aquellas galas que le daban la apariencia de una dama de mundo, a ella, pobre criatura que siempre había tenido que vestirse miserablemente, con oropeles de teatro barato cuando salía a escena y con humildísima ropa callejera cuando no era más que la hija de Rinaldi, la pequeña

Marta, acostumbrada a huir de los hoteles sin pagar, a pasar hambre en los trenes y a dormir muchas veces en los rincones de las salas de espera de estaciones de tercera categoría, aguardando el paso de algún tren mixto que por poco dinero los trasladara de una a otra localidad.

—¡Tío!—exclamó al ver el rostro de Rinaldi reflejado en el espejo con una expresión de asombro.

—¡Soc!... ¡Silencio, pequeña!... Ya no soy tu tío... Soy tu secretario y tú eres en este momento Luisa Maraval.

—¿Que yo...?

No pudo terminar su pregunta porque los curiosos irrumpieron en el camarote aplaudiendo a la que creían era la gran artista, tendiéndole álbumes, abrumándola con los elogios que brotaban de todas las bocas, aturdiéndola con todo aquello que a ella le resultaba francamente incomprensible.

Al fin, y gracias a las estratagemas de Rinaldi, pudo Marta caerse en su camarote y se quedó contemplando en el gran espejo, en todo el esplendor de su belleza y sintiendo ya que la gloria rozaba su frente, aunque no fuera más que el reflejo de la gloria de otra persona... Ahora no era ya Marta Rinaldi, sino Luisa Maraval. Arriesgada era el juego y en él podía quemarse las alas, pero si no había nada que descubriera su superchería, aco-



se pudiera alcanzar la gloria para ella sola, lanzada al mundo del arte con aquel nombre supuesto y triunfando en seguida con el suyo propio.

\*\*\*

Por la noche, en el comedor, todas las conversaciones versaban sobre la Maraval y todas las miradas convergían en la puerta, atisbando el momento en que la gran artista hiciera su aparición. Pero la cena iba a ser servida y la Maraval no había aparecido aún...

—Sería lástima que no bajara a cenar esta noche... Hay expectación por verla... Su presencia animaría mucho a todos los pasajeros—comentó un caballero elegantísimo, que estaba sentado precisamente en la mesa donde estaba dispuesto el mobiliario para Luisa Maraval y en la que otros comensales esperaban con él su llegada.

No se decidía Marta a bajar al comedor, temerosa de ser reconocida por

alguien y descubierta su superchería. Estaba asustada de la obra de su tío y se lo reprochaba sin rencor.

—¿Qué querías que hiciera?... Todos creen que eres la Maraval.

—Pero usted debía haber explicado que no.

—¿Y cómo les iba a convencer?... Vamos, nena, no tengas miedo... No son muchos los que conocen a la Maraval... y a nosotras no nos conoce nadie... ¿Por qué no vamos a probar fortuna?

Era preciso tomar una determinación y Marta, después de haberse mirado por última vez al espejo y complacido con satisfacción que, si no en arte, podía competir en belleza con aquella

la que usurpaba el nombre, bajó al comedor, despertando, al entrar en él, la admiración de los hombres y la envidia mal disimulada de las mujeres.

El *maître* la condujo hasta su pucato y los caballeros que la esperaban se pusieron en pie, la saludaron respetuosamente y volvieron a sentarse en torno a la mesa. La que ahora era Luisa Maraval, tenía a su derecha a su tío, a Rinaldi, que había quedado de pronto convertido en su secretario, y a su izquierda tenía... Marta sintió que su corazón daba un brinco muy fuerte en su pecho; conocía al caballero que estaba sentado a su izquierda; era aquel caballero a quien conoció en la diminuta estación perdida en la pampa, el que iba con una dama que arrojó por la ventanilla del coche una pitillera de plata, el que se quedó en el andén para conocerla y hablarla, el que...

Volvió el rostro hacia otra parte para que él no pudiera reconocerla, muy avergonzada por aquel encuentro, mientras él fruncía el ceño como preguntándose dónde había visto aquel maravilloso rostro de mujer antes de ahora, porque no le eran desconocidos aquellos ojos enormes, negros, luminosos, de mirada húmeda y tierna, que cuando miraban eran como dardos que fueran a clavar-se en mitad del corazón.

Marta hablaba con valentía, contestando a todas las preguntas que le

hacían. ¡Oh, sí, era fatigosa la vida de la artista! Asediada siempre por los periodistas, teniendo que posar ante los fotógrafos constantemente, perseguida por los admiradores, atormentada por el público...

Dióse cuenta de que su tío se colocaba la servilleta en el pecho, como si estuviera en casa, y le dió un codazo y le dijo muy bajito:

—La servilleta así, no...

El pobre Rinaldi, desconcertado, procuró corregir la posición de la servilleta, pero no sabía cómo debía colocarla, porque era la primera vez en su vida que se encontraba entre un público elegante, en un comedor de primera clase de un gran trasatlántico, ¡él, que estaba acostumbrado a comer en tabernáculos... o a no comer!

Ella seguía hablando con todos, contestando a sus preguntas y pasando sus apuros, porque unos le decían que la habían visto actuar en Londres, y le preguntaban pormenores de la ciudad, a los que ella no podía ni sabía contestar; otros le hablaban de París o Viena y ella tenía que explicar todo su arte de mujer bonita para contentar a todos sin contestar a nadie.

—¿Alguno de ustedes ha estado en el Japón?—preguntó en un momento en que se vió apurada.

—No... ¿Ha cantado usted también allá?

—¡Oh, sí, obtuve éxitos rotundos!... ¡Aquello es un país de sueño, de maravilla!... Me invitaron al palacio del emperador.

—Es muy interesante—comentó una voz.

Y a Marta le pareció reconocer la del caballero de la pitillera. Dejó entonces desbordar su imaginación y contó cosas extraordinarias de aquella tierra, y como viera que su tío se debatía con un ala de pollo que acababan de servirle, sin saber cómo partirla y con el apetito de comerla reflejado en sus ojos, tuvo piedad de él y dijo:

—El día que me invitaron al palacio del emperador, también nos dieron pollo, como ahora... ¿Y saben ustedes cómo se lo comen allá?

—¿No será con palitos, como el arroz?—dijo un chusco.

—No... ¡con los dedos! —explicó Marta riendo y dando el ejemplo.

Rinaldi sonrió a su sobrina y empezó a comer ávidamente el ala del pollo, cogiéndola con los dedos, y todos los comensales, por complacer a la artista, comieron de aquel modo.

Cuando la orquesta preludió el primer baile, el caballero de la pitillera se levantó y, con una profunda y respetuosa inclinación, dijo a la artista:

—¿Será usted tan amable de concederme este baile?

—Con mucho gusto—replicó ella, levantándose decididamente.

Pero de pronto, poseída del temor de ser reconocida, añadió:

—Pero es que bailo muy mal...

—En el escenario es usted una pluma bailando... No puede bailar mal en un salón—contestó Ledesma, con una sonrisa alentadora.

Se dejó arrastrar al baile y bailaron en silencio. Ella estaba emocionada y él, por primera vez en su vida, sentía una extraña timidez ante aquella mujer que le recordaba a alguien y no acertaba a concretar a quién.

—Baila usted mejor de lo que dice...

—Pues... le digo la verdad... no sé bailar...

—¿No le gusta?

—Poco...

—Entonces... ¿baila conmigo por complacerme?

—Una artista se debe a todo el mundo y no se debe negar a nadie—contestó ella, mirándole fijamente con sus grandes ojos luminosos, que casi hacían daño al mirar.

—¿Quiero que salgamos a cubierta, a gozar del encanto de la noche?—sugirió él.

Y ante el gesto un poco vago de ella, preguntó:

—¿Tiene miedo?

—¿Miedo?... ¿Por qué?... Vamos...

Se apoyó en su brazo y salieron a

cubierta. La noche estaba serena y tranquila; el mar en calma; parecía que caminaban por un mundo irreal, hecho todo él de estrellas: las que brillaban en el cielo y se reflejaban en la superficie tranquila del agua.

Permanecieron en silencio, sobrecogidos por la belleza magnífica del momento, con ese silencio que es un canto mudo al esplendor de la naturaleza y que se apodera siempre del que sabe admirar intensamente lo bello.

Para escapar a la emoción que se iba apoderando de ellos, Marta preguntó a su caballero:

—¿Me ha visto usted trabajar muchas veces?

—Nunca—contestó Ledesma sinceramente.

Marta dió un suspiro de alivio.

—¡Ah!... ¡Tanto mejor!

—¿Por qué?... ¿Tan poca confianza tiene en sí misma?

—En mí la tengo puesta toda... Es de los demás de quienes desconfío... No todo el mundo tiene los mismos gustos...

Lejana, se escuchaba una música y canciones románticas que venían de lejos, como si fuera la noche la que cantara.

—¿De dónde viene esa música? —inquirió Marta, atraída por la dulzura de aquellas melodías.

—Son los de tercera clase... los emi-

grantes... ¿Quiere que vayamos a verlos?

—Sí, vamos.

Marcharon sobre cubierta hasta llegar a la de tercera clase y se detuvieron contemplando el abigarrado cuadro que formaban todas aquellas gentes hacinadas en aquel rincón del barco, felices en su pobreza, rompiendo el silencio de la noche con sus canciones llenas de sabor de la tierra lejana que habían dejado acaso para no volver a ver más.

—¡Pobre gente! —murmuró Ledesma al contemplar aquel aspecto miserable que ofrecía el grupo de emigrantes.

—Pobres... ¿por qué?... Ellos cantan... y sus voces se alzan como un canto de esperanza—suspiró Marta.

—¿Usted dice eso? ¿Usted, que lo tiene todo, no piensa que ellos no tienen nada?

—Tienen el mejor don de la vida: ¡ilusiones!... ¡Es tan triste vivir sin ilusiones! —suspiró ella pensando en su situación falsa, en aquella suplantación que podía descubrirse de un momento a otro y derribar por el suelo todos sus sueños de niña loca.

Conocía la canción que cantaban los acordeones y las mandolinas, y, sin poder resistir su anhelo, dejó que su voz fresca y grave, patética y bien timbrada, se elevara por encima de todas las de-



más, cantando en italiano aquella canción venida de allende los mares, traida a las aguas tropicales de la América latina por aquel grupo de emigrantes que hacían de aquel rincón del barco un retazo de su patria:

*Santa Lucía...*

Un solo instante callaron, sorprendidas, todas las voces, pero en seguida se repusieron y corcaron, formando un maravilloso fondo orquestal, a la que cantaba con toda su alma aquella bellísima canción italiana.

Cuando terminó sonó una salva de aplausos. Todos habían quedado prendidos en el encanto de aquella voz magnífica, que tan bien había entonado la balada, y los vítores se sucedían sin cesar.

Ledesma, impresionado por aquella voz y por el arte con que había cantado la artista, le estrechó la mano fuertemente y le dijo, por todo elogio:

—Ahora sí que la he oído cantar...

Marta no respondió y rápidamente fué a encerrarse en su camarote, porque las emociones de aquella noche habían sido tantas, que necesitaba soledad para dar rienda suelta a sus sentimientos. Cuando se encontró sola rompió a llorar y así la encontró su tío, que se quedó pasmado ante aquella actitud, que era para él incomprensible.

—¡Pero, criatura!... ¿Por qué lloras?

—Lloro... porque temo despertar —gimió Marta, dejando correr sus lágrimas ardientes por su rostro un poco pálido, como el de una Dolorosa.

...

Se aproximaban a Río de Janeiro. La bahía maravillosa mostraba todo el esplendor de su belleza, desplegando ante la mirada atónita de los que por primera vez arribaban a aquellas playas el encanto incomparable de su harmonía, tantas veces cantada y jamás igualada.

Pero la poesía exterior estaba en completa contraposición con la prosa real de la vida. La proximidad del puerto donde rendía viaje el trasatlántico, hacía que se presentaran a los pasajeros las cuentas de los gastos hechos durante la travesía. Aquello sí que era un negro problema para la "gran artista" y su secretario.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Marta, muy preocupada, ante aquel problema de difícil solución.

—No sé... Yo no tengo plata para pagar todo esto...

—Ni yo... Y es preciso salir del atoladero...

Hablaban en voz baja, porque estaban en la puerta del salón de juego y

entraban y salían constantemente pasajeros que miraban a la bellísima actriz y la saludaban con deferencia.

Se interrumpieron al acercarse a ellos tres caballeros preguntando uno de ellos a la que creían era Luisa Maraval:

—¿Sabe usted jugar al poker?... Le proponemos la última partida de la travesía... Dicen que es la que trae suerte.

—...¡Oh!... ¡Lo siento mucho!... Pero nunca juego... —replicó Marta con estudiada coquetería.

—Si no les importa... yo puedo ser el cuarto en el juego—ofreció Rinaldi, con una inspiración genial.

—¿Usted juega?

—Sí... aunque siempre pierdo.

—Pues acompañenos.

Entraron en la sala de juego, no sin haber cambiado Rinaldi una mirada de inteligencia con su sobrina, que ésta comprendió muy bien, aunque se hizo perfectamente la desentendida.

Comenzaron el juego, pero uno de los caballeros, dirigiéndose a Rinaldi,

le dijo, viendo que no aventuraba dinero:

—Tenemos por costumbre jugar en efectivo...

—¡Ah, desde luego, no hay inconveniente!... ¡Botones! — gritó, llamando a uno de los muchachos—. Vaya a buscarme diez mil pesetas... Tengo mala suerte, pero aunque sea mala, hay que tratarla, por si alguna vez se decide a ser buena...

Rinaldi jugaba seriamente, muy interesado en el juego y, cuando comenzó a ver que la suerte, tentada por él, le favorecía, se fué enardeciendo y aumentando las apuestas, que los otros siempre le doblaban por el prurito de hacerle perder.

—¿No nos había dicho usted que siempre perdía? — murmuró uno de sus contrincantes, un poco decepcionado, pues habían armado entre ellos aquella partida de poker con la sana intención de llevarse algunos miles de pesos de la bolsa, que creían muy bien provista, de la actriz.

—Sí, siempre pierdo... No sé a qué atribuir mi suerte de hoy... Pero si seguimos jugando... van ustedes a ver cómo pierdo—afirmaba Rinaldi, mientras iba amontonando los papeles de banco con un gesto casi de avaro.

Cuando ya había recogido abundancia de dinero, apareció Marta, elegantísima, más bella que de costumbre y,

al ver a su "secretario" jugando tan enardecidamente, se acercó a él y con un coño muy bien fingido, le gritó:

—¡Cómo!... ¿Jugando!... ¿No sabe usted que le tengo prohibido jugar?... ¿Cómo se atreve usted a gastar mi plata?... ¡Hay que tener tupé!...

—Poker de ases... — murmuró Rinaldi dirigiéndose a sus compañeros de juego y quedándose todo el dinero que había sobre la mesa.

Marta, como si no se diera cuenta de ello, insistió:

—Le ordeno que abandone inmediatamente el juego... ¡No faltaba más que, sin mi consentimiento, tratara de arruinarme!

Se alejó, y Rinaldi, enorgulléndose de hombros como si lateantara mucho lo ocurrido, dijo, levantándose de la mesa de juego:

—Lo siento mucho, señores... pero no hay más remedio que obedecer... El que paga manda... y yo estoy a las órdenes de esa señorita... ¡Buenas tardes!...

—¡Se nos ha llevado todo el dinero! — murmuraron los jugadores, desalentados.

—Ha hecho con nosotros lo que nosotros queríamos hacer con él... En el juego hay que saber ganar y perder... Hoy nos ha tocado perder—replicó otro de los jugadores, más filósofo que su interlocutor.

Marta esperaba a su tío en uno de los pasillos y cuando pasó junto a ella le dijo:

—¿Dónde está el dinero?

—Aquí... pero voy a pagar las cuentas—replicó Rinaldi.

—Está bien, pero creo que yo tengo perfecto derecho a quedarme con el cambio. ¿Cuánto importa lo que debemos?... Tome usted, ahí tiene lo suficiente para pagar... El resto es para mí...

—¿Y a mí no me dejas nada, para mis caprichos?—sonrió el tío, mirando cariñosamente a su sobrina.

—Tome, tome, pedigüeño... ¡Si ya sabe que siempre me ha de convenecer!—replicó Marta, entregándole algunos billetes.

Ledesma estaba ante ella mirándola con admiración. Marta sonrió, viendo alejarse a su tío, y, volviéndose a Ledesma, le dijo, con aquella sonrisa tan suya, tan dulce y tan atractiva:

—¡Ah, esos administradores! ¡Siempre hay que estar vigilándolos, porque cuando una se descuida, procuran nada más que para ellos!

Se apoyó en el brazo que Ledesma le ofrecía y subieron a cubierta.

Ledesma seguía contemplándola en silencio, y Marta, de vez en cuando, le devolvía la mirada y le sonreía.

—No sé... pero desde el primer instante en que la vi, tuve la sensación de

que la conocía a usted... de que la había visto en alguna otra parte... Despertó en mí un recuerdo... ¿Dónde la he conocido?—le dijo, al fin.

—No sé...—musitó ella vagamente.

—Llegamos al término de nuestro viaje y sigue usted siendo para mí tan lejana y misteriosa como el primer día.

—Llegamos al término de nuestro viaje. ¿Qué nos deparará el destino?—murmuró Marta con melancolía.

—¿Nos volveremos a ver?—inquirió Ledesma.

—Lo ignoró... Vengo a Río para ver a un empresario que me ha ofrecido buenas condiciones.

—Usted se olvidará pronto de mí... Yo la recordaré siempre... la seguiré recordando a través de ese recuerdo que su rostro ha despertado en mí...

—¿Me parezco a alguna mujer a la que usted amó?—preguntó Marta, queriendo investigar.

—No sé si la amé... la vi una sola vez...

—¿Hablaron durante mucho tiempo?

—Lo bastante para quedar prendido en el encanto de sus ojos brujos... como los de usted.

—¿Dónde se vieron?

—En una pequeña estación de tránsito... Recogió una pitillera...

—¿Que tenía usted en mucha estima?—concluyó Marta, mirándole intencionadamente.



—Sí...

—¿Fuma usted? — preguntó, ofreciéndole la pitillera que siempre llevaba conmigo, en recuerdo de aquel encuentro que también a ella la había impresionado hondamente.

—¿Cómo!... ¿Usted?... ¿Aquella chiquilla convertida en...? — inquirió Ledesma, sin acertar a explicarse lo que ocurría.

—No... no soy Luisa Maraval... Ha sido una confusión que he debido sostener... Yo sigo siendo aquella chiquilla.

El barco había amarrado y la cubierta fué rápidamente invadida por los representantes de la prensa que acudían ávidos de noticias a intervenir a la artista de renombre que iba a debutar po-

cos días después en la bella capital brasileña.

El flujo de gentes los separó. Marta tuvo que atender a los periodistas, a los fotógrafos, a todos cuantos venían a despedirse de ella creyéndola Luisa Maraval, y bajó del barco después de haber saludado al capitán, que le estrechó la mano fervorosamente, diciéndole que deseaba muy de veras volverla a llevar en su barco.

Ledesma tuvo también que atender a los que iban a buscarle y en aquel incesante vaivén de gente, en aquella algarabía de la llegada, en aquella avalancha de personas y equipajes, no volvieron a verse para darse el último apretón de manos.

...

Al día siguiente Marta Rinaldi, continuando en su papel de Luisa Maraval, fué a visitar al empresario que la había contratado. Iba un poco apurada, pero estaba puesta en una pendiente vertiginosa en la que no podía retroceder.

Tuvo que esperar breves momentos y, cuando anunciaron la llegada de la gran actriz al empresario, éste dió orden de que la introdujeran en seguida en su despacho.

Entró Marta decidida a arrostrar el examen, pero al encontrarse frente a Ledesma, se quedó pálida de emoción; nunca esperó que fuera él el empresario que había contratado a la Maraval.

Levantóse Ledesma al ver la actitud de la muchacha y, acercándose a ella, le dijo humildemente:

—¿Me perdona el engaño?

—¡Oh!... Es usted el que debe perdonarme... Pero las circunstancias me han empujado a este truco...

—Y yo bendigo esas circunstancias

que me han hecho conocerla... Ahora me alegro de que la Maraval no haya venido...

—Pero es que ahora yo no puedo debutar con el nombre de Luisa Maraval...

—¿Por qué no?

—Porque usted sabe que no soy yo...

—¿Y qué importa?

—¡Ah, no, no debutaré!

—Debutará usted... Está todo anunciado... No puedo defraudar a mi público.

—¡Pero usted está loco!... ¡Puedo fracasar!...

—No fracasará... se lo aseguro... La oí cantar y creo que tiene usted más dotes que la Maraval para triunfar...

Tuvo que ceder. En realidad el destino la empujaba, le daba la vida hecha, ella no tenía más que ir siguiendo un camino que un hado misterioso le iba trazando.

...

Debutó. El teatro estaba lleno de un público apasionado y atento. Comenzó a cantar timidamente, pero su propia voz la fué entusiasmando, se olvidó de la comedia que representaba, se olvidó del teatro, del público, de la supercheria, de todo, para entregarse por entero a su arte, y su voz se alzó potente y clara en el profundo y respetuoso silencio de la sala.

Cuando la última nota de la canción murió, el público dedicó a la artista una ovación delirante. Tuvo que aparecer en escena una y otra vez para recibir los aplausos fervorosos de los que habían escuchado con religioso silencio su canción. Fué un éxito franco, rotundo.

Todos los periódicos hablaron de la Maraval. Se publicaron crónicas asombrosas. Se le dedicaba toda la atención de la hora y del momento. Y en el teatro los llenos se sucedían y las lo-

calidades se pagaban a precios inverosímiles.

Ledesma estaba satisfecho de su descubrimiento; más satisfecho aún de haber hallado otra vez a la muchachita cuyos ojos llevaba clavados en mitad del corazón desde aquella noche en que los vió brillar en la penumbra de una estación de tercer orden.

Todos los días le mandaba a Marta un magnífico ramo de flores, la invitaba a cenar con él, la trataba con todo el respeto que impone el verdadero amor y así se lo hacía comprender en cada uno de sus actos: la amaba, sí, la amaba como nunca había amado a mujer alguna; la amaba con toda la fuerza de su alma y con toda la ilusión de un primer amor, aunque para Ledesma estuviera ya un poco lejana la época de los primeros amores... Pero, ¿caso en amor, cuando se ama de veras, no se siente uno siempre niño y se cree siempre que este amor es el primero?

...

El eco de los éxitos de "Luísa Maraval", en Río de Janeiro, llegó hasta Buenos Aires, y la verdadera Luísa Maraval, aquella mujer que era como el rayo, pronta a descargar siempre y rápidamente todas sus iras sobre los que querían interponerse en su camino, abandonó todo lo que en Buenos Aires le retenía y, tomando pasaje en el primer avión que salía en dirección a Río, voló hacia allá para atajar lo que era para ella su ruina y que podía costar muy caro a la que había suplantado su personalidad para darse a conocer al público.

Marta no creyó nunca que aquello pudiera llegar hasta su "señorita". Además, halagada por el amor que Ledesma le ofrecía, no pensaba más que en sus triunfos: el artístico y el amoroso, que colmaban todas sus aspiraciones y sus anhelos. El camino de gloria en el que tantas veces había soñado, se abría ante ella alfombrado de rosas, con toda la tentación de una eterna primavera.

—¿Eres feliz?—le preguntó Ledes-

ma aquella noche, mientras caminaban por un jardín de ensueño, huyendo de su mutuo amor.

—Nunca pude imaginar tanta felicidad reunida... Por eso, a veces, me sobrecoge un miedo extraño...

—¿Miedo?... ¿De qué, ni de quién?... Te amo y yo sabré ampararte en todos los peligros... ¡Te amo, Marta!... Embarcaremos pronto hacia la Argentina... Me llaman allí mis negocios.

—Pero... en Argentina todas conocen a la verdadera Maraval...

—No importa... Hoy es la noche de tu despedida aquí... Después de esta noche volverás a cambiar de apellido... y no para llamarte de nuevo Rinaldi... sino para convertirme en la señora de Ledesma... ¿No estás contenta?

—¡Oh, tanto, tanto!...—suspiró Marta dejándose abrazar por el que iba a ser su esposo muy en breve... ¡Pero tengo miedo... mucho miedo... como si algún presagio me advirtiera de algo terrible...!



—No seas niña... Mi último saludo... Marta... ¿o Luisa?... —dijo él, embromándola, mientras la besaba dulcemente.

—El último saludo como Marta Rinaldi... la última canción como Luisa Maraval... y mañana, un nuevo día de gozo y de esplendor como señora de Ledesma... —replicó ella, dejándose besar y devolviendo con ternura aquellos besos que eran el supremo acatamiento del amor que les unía.

Ledesma la acompañó hasta la puerta del camarín y la dejó allí, mientras él iba a atender sus negocios teatrales.

Marta, con el corazón inundado por una dicha inefable, entró en su camarín y dió un grito de angustia: allí la estaba esperando, con el rostro encendido por la ira y los ojos brillantes de odio, Luisa Maraval en persona.

—¡Infame! —le gritó al verla llegar —¡Has usurpado mi fama, mi personalidad, pero no te ha de valer! Ahora seré yo la que salga a escena y la que cuente al público, antes de empezar la representación, todo lo que ha pasado...

—¡Oh, no, no, por Dios! —suplicó Marta, pensando en su amado.

—¿No?... ¡Ya verás como voy a desmascararte en un momento! ¡Este es una infamia que no te puedo perdonar! ¡Ha sido un abuso de confianza! ¡No tenías derecho a hacerlo!

—Lo sé... pero no fué culpa mía el que me confundieran con usted...

—¿No fué culpa tuya? ¿De quién, si no?... ¡No, no tendré piedad, ahora mismo voy a salir a escena!

—Se lo suplico... esta noche, no... ¡Por Dios se lo ruego!

—¡Me lo ruegas!... Ahora te arrastras ante mí... pero yo te hundiré, te hundiré para siempre...

—¡Oh, no, no!... ¡Esta noche, no!... ¡Esta noche, no! —suplicó Marta, pensando en el disgusto y el conflicto en que se iba a encontrar Ledesma si se descubría en aquel momento el engaño de que habían hecho objeto al público.

—¡Esta noche cantaré yo! —afirmó Luisa Maraval dispuesta a todo.

Pero Marta, sostenida por su amor, fortalecida por aquel sentimiento nuevo que hacía de ella una heroína, empujó a Luisa hasta el cuarto ropero, la encerró en él, se vistió rápidamente y dijo, antes de salir:

—¡Esta noche cantaré yo!... Luego ya todo me es igual, puesto que seré la esposa de Carlos... ¡Pero hoy cantaré yo, porque está en juego mi felicidad!

Al salir, sin darse cuenta, hizo caer una huchita que había sobre el tocador y que ardía ante una Virgen.

El público la recibió, como todas las noches, con una nutrida salva de aplausos, y la fugida Maraval comenzó a cantar, desplegando más arte que de

costumbre, una bellísima canción portuguesa, una dulce melodía brasileña coreada por nativos, en un ambiente completamente exótico y evocador.

Cuando más embebido estaba el público en el ritmo de aquella canción que era el alma de la tierra y que a todos hablaba en su propio idioma, una voz trágica dió la señal de alarma:

—¡Fuego!... ¡Fuego!...

El público se arremolinó. La gente que estaba en el escenario corrió alocada. Todos parecieron presos del pánico y del hurir al ver como el humo iba invadiéndolo todo y como las llamas prendían en los telones, en las decoraciones, en todo el arsenal contenido entre hastidores y que ofrece tan fácil pasto a las llamas.

Marta, sobrecogida por aquel accidente, preguntó angustiada:

—¿Dónde ha comenzado el fuego?

—En su camarín, señorita Maraval— le contestó el traspunte.

Dió un grito acordándose de que allí había dejado encerrada a Luisa Maraval y, sin hacer caso del fuego que iba cada vez tomando mayor incremento, se lanzó desesperada por entre las llamas y consiguió abrir aquella puerta que había quedado cerrada, salvando a Luisa Maraval de una muerte cierta. En el momento en que había logrado poner a salvo a su rival artística, una pared cayó sobre ella, dejándola tendida en el suelo sin sentido. Pocos momentos después de ser recogida por los bomberos que habían acudido en auxilio de las víctimas del siniestro, todo el teatro no era nada más que una pira que alzaba al cielo sus resplandores rojos como nuncio de devastación, de ruina y de aniquilamiento.

\* \* \*

Más de un mes llevaba Marta Rinaldi en la clínica. Había sido cuidada con esmero por los mejores especialistas de la ciudad y Carlos Ledesma no había perdonado ocasión para mostrar a aquella criatura que la amaba con toda su alma. Todas las mañanas iba a verla y le llevaba siempre flores o golosinas, charlando con la enferma hasta que veía aparecer en su rostro la dulce sonrisa que tantas veces le había cautivado.

Lo que más sufrió en el accidente fueron los ojos de Marta, que seguía llevándolos vendados en espera de que las curas conscientes y asiduas del oculista les devolvieran por entero la normalidad.

Marta sentía en su alma una extraña tristeza. En vano el doctor le aseguraba que todo marchaba bien y que, llegado el día de levantarse el vendaje, podría convencerse de que nada irreparable había ocurrido; pero a ella una voz íntima le decía que su felicidad se había roto y que el cielo castigaba su mentira.

—Mañana será el gran día para usted—le dijo, al fin, el doctor—. Mañana le quitaremos la venda...

—¿Mañana?—preguntó ella ilusionada.

Y Carlos Ledesma, que estaba a su lado, le estrechó las manos y le dijo:

—Sí, querida mía... mañana volveremos a ser felices los dos.

—¡Oh, gracias, Carlos!... ¡Gracias a todos!... ¡Qué largas se me van a hacer las horas, hasta mañana!...

—Que su tío le lea alguna cosa para distraerla... Es preciso que no se impacienta... que sepa esperar... ¡Hasta mañana!—dijo el médico, despidiéndose de la enferma.

—Hasta mañana, doctor.

—También yo vendré mañana a presenciar ese gran momento—dijo Carlos, despidiéndose, a su vez, de su novia.

Cuando se quedaron solos tío y sobrina, Marta, nerviosa, angustiada por un presentimiento que no lograba vencer, dijo a Rinaldi:

—Tío... yo no puedo esperar hasta mañana...

—Sin embargo, es preciso que espere... Ya has oído lo que ha dicho el doctor...

—Sí... pero por unas horas... Yo quiero saber, tío... Saber si... si mis ojos tienen luz... ¡o se han quedado sin ella!

—¡No seas chiquilla!...

—Deme el espejo, tío... se lo ruego... deme el espejo o voy a volverme loca... Quiero ver mi rostro... Las llamas lo deben haber desfigurado por entero...

—Te aseguro que estás más bella que nunca...

—¡Oh, tío, por piedad, deme el espejo!

Rinaldi no supo negarse y dió a su sobrina el espejo que estaba sobre el tocador...

Marta se quitó la venda y dijo con la voz muy turbada:

—Abra las ventanas, tío... que entre más luz... apenas veo...

Rinaldi se mordió los labios para no romper en un sollozo; los ventanales estaban abiertos de par en par y entraba por ellos todo el deslumbramiento de un sol primaveral.

Ante el mutismo de su tío, Marta comprendió; dió un grito espantoso y cayó sobre el lecho sollozando desesperadamente...



...

Dos días más tarde, entre el montón anónimo de emigrantes de un trasatlántico, viajaban Marta y su tío. Iba ella pobremente vestida, con aquellos vestidos que llevaba antes de haber vivido el ensueño maravilloso y fugaz de ser una gran actriz.

Sentados sobre cubierta, silenciosos los dos, dejaban que las horas fuesen pasando monótonas y trágicas, trayendo cada una de ellas una inquietud y un dolor.

—¿Por qué te empeñaste en salir de la clínica como dos malhechores?—preguntó Rinaldi, que no acertaba a comprender el extraño proceder de su sobrina.

—No quise que Carlos supiera mi desgracia.

—El nos hubiera ayudado...

—Ayudar es compadecer... y yo no quiero piedad...—murmuró Marta, con el alma ausente, con una honda tristeza, desalentada y pesada.

Rinaldi no contestó, bajó la cabeza y se quedó pensativo.

Un muchacho, con una jaula de pájaros en la mano, pasó junto a ellos riendo gozoso y mostrando sus pájaros:

—¡Los vendo!... ¡Miren qué lindos son!... ¡Los vendo baratos!... Vamos, señorita, no sea usted desdenosa... mire los pajarillos... usted ha de comprar-melos... Pero, ¿por qué se empeña en no mirarlos, con lo lindísimos que son?

Marta bajó los párpados para ocultar sus lágrimas, mientras Rinaldi, por gestos, decía al vendedor que la muchacha estaba ciega:

—¡Oh... perdón... no me había dado cuenta!... ¡Tiene unos ojos tan grandes y tan bellos!... ¡Perdón!... Tome... le regalo los pájaros—dijo, poniendo entre las manos de Marta la jaula que ella acarició como si fuera algo humano.

Volvieron a quedarse en silencio, y hasta ellos llegó el eco de la música de los salones de primera clase.

—Hay fiesta esta noche...—dijo el muchacho.

—Sí... hay fiesta... Yo conozco esas

fiestas... Parece como si lo estuviera viendo... trajes de noche, grandes es-  
cotes, joyas deslumbradoras... Los ca-  
balleros correctísimos... las mujeres  
muy bellas...

—Desde el puente hay un grupo que  
nos observa y van vestidos como usted  
dice...—exclamó el muchacho con ale-  
gría.

—¿Usted los ve?... ¡Qué dichoso es  
usted!—exclamó Marta, sin poder con-  
tener su tristeza.

—Vamos a cantar... Diré a los mu-  
chachos que toquen los acordeones...  
Cantaremos alguna canción bonita...  
Eso nos distraerá a todos... Vamos...

Marta, arrebatada por la música que

sonaba cerca de ella, comenzó a cantar  
con una emoción nueva, poniendo toda  
su alma en cada una de sus palabras:

Mis ojos eran dos espejos  
donde se miraba tu felicidad...  
y ahora mis ojos se esconden para no llorar.

Su voz hizo callar las otras voces.  
Cantó ella sola. Todos estaban pendien-  
tes de sus labios. Aquella canción era  
un eco de amargura, un gemido de do-  
lor, el lamento de un alma que sufría  
y que cantaba sus penas al mar, a la  
noche, al cielo infinito, buscando en  
ellos un consuelo que los hombres no  
le podían dar.

\* \* \*

Mientras los Rinaldi viajaban con rumbo a la Argentina, en Río de Janeiro se hacían pesquisas para hallar el paradero de la artista.

Carlos Ledesma había movido todos los resortes para dar con ella desde el momento en que se enteró de su fuga inexplicable de la clínica, y la policía había trabajado ahincadamente para averiguar dónde podía encontrarse aquella muchacha que supo conmover al público, primero con su arte y luego con lo trágico del accidente sufrido, y en la que todos tenían puesto gran interés, ansiosos de conocer el desenlace final del drama vivido por la bellísima cantatriz.

—No se sabe nada de ellos—decían, un día y otro, los encargados de coconfer a Marta Rinaldi.

—Pues hay que hallarla—insistía Le-

desma—. No puede haber desaparecido como si fuera un fantasma. Hay que buscarla donde sea. Debo hallarla. No puedo abandonar en la desgracia a quien amo con toda mi alma.

Siguieron investigando. Al fin, aunque viajaban con nombre supuesto, lograron averiguar que habían embarcado rumbo a Buenos Aires.

—Viajan con otros nombres entre los emigrantes—dijeron a Ledesma—. Han de ser ellos forzosamente: un hombre casi viejo y una muchacha bellísima, que está ciega.

—Sí, han de ser ellos... Tomaré pasaje en el primer avión... He de encontrarla, y la sabré encontrar...—dijo Ledesma.

Y aquella misma tarde salió en avión hacia Buenos Aires.

...

Rinaldi había logrado instalar a su sobrina en una casita limpia y tranquila de un barrio quieto de la gran ciudad. Marta no había hallado allí la paz, pero sí la resignación con su gran dolor, aquella pena tan grande que el cielo le había mandado y que ella aceptaba como un castigo por su superchería y su engaño.

Cuidaba de los pajarillos que le había regalado el muchacho emigrante y se pasaba muchas horas sentada en una mecedora frente al balcón, escuchando el trinar de los pajarillos y recibiendo la caricia del sol que vivificaba su cuerpo y calmaba su espíritu.

El que sufría toda la materialidad e ineptitud de la vida era su tío, que tenía que ocuparse de todo, disimular, hacer ver que no carecían de nada y traer a casa provisiones que no siempre estaban adquiridas con buenas artes ¡ay, bien a su pesar!

Cuando estaba al lado de Marta le hablaba de cosas bellas, de tiempos mejores que pronto llegarían, de triunfos

futuros, de todo cuanto sabía podía halagarla y animarla; pero ella no salía nunca de su muda melancolía y sólo alguna vez contestaba a su tío, diciéndole con amargura:

—¡Ay, tío, antes la que soñaba era yo... y ahora es usted!...

—No sueño, no, criatura... Ya verás como acabaremos teniendo plata, mucha plata... ¡y entonces se habrán acabado todas nuestras miserias!

—¿Usted cree?

—Estoy seguro de ello.

—Y... ¿ya sabe qué es lo que vamos a comer hoy?—preguntó Marta con ironía.

—Sí... Verás, está lloviendo y por eso no he ido todavía a la compra... pero voy a salir un momento... No tardó en volver... Ya verás como traigo buenas provisiones.

Salió de casa porque acababa de concebir una gran idea: había visto en la tienda vecina del prestamista como éste, aprovechando la lluvia, exhibía unos



paraguas para llamar la atención de los clientes.

Cautelosamente Rinaldi se acercó a la tienda, aprovechó la soledad de la calle y la distracción del tendero, se apoderó de uno de los paraguas de muestra y entró muy decidido en la tienda:

—Buenos días—dijo, sacudiéndose la lluvia, que le empapaba su escasa ropa.

—¡Hola, amigo!... ¿Otra vez por aquí?—gruñó el prestamista que ya estaba acostumbrado a ver a aquel miserable cliente que siempre iba a venderle las cosas más absurdas y de menor monta.

—Sí... aquí estoy... traigo este paraguas...

—¿Con el diluvio que está hoy cayendo se deshace usted del paraguas?

—Verá... creo que es el día más apropiado para venderlo... No pretenderá vender un paraguas en un día de sol... ¿Cuánto me da por él?

—Pues... Pocos pesos... ¡Es muy malo este paraguas!

—Le aseguro que no es peor que los que tiene usted de muestra—afirmó, con un poco de cinismo, Rinaldi.

—No quiero hacer comparaciones, pero le aseguro que los míos son cien veces mejores que éstos—aseguró el tendero.

—No, no, no haga comparaciones... pero yo le apuesto que...

—Bueno, bueno, no discutamos más. Ahí van unos centavos... No puedo darle más.

—¿Y qué quiere que haga yo con esa porquería?

—¿Y qué quiere que haga yo con el paraguas?

—Ponerlo de muestra en la calle... como estaba... digo, como están los otros—replicó Rinaldi, recogiendo los céntimos a regañadientes y saliendo rápido de la tienda antes que el prestamista se diera cuenta del engaño de que acababa de ser víctima.

Al doblar la esquina se dio de manos a boca con Carlos Ledesma.

—¡Usted!—exclamó con sobresalto.

—Sí... Les he buscado por todas partes... ¿Dónde está Marta?

—Arriba... en casa... pero ella no quiere que usted sepa...

—Lo sabía antes que ella... Quiero verla... necesito verla—dijo Ledesma con vehemencia.

—Venga conmigo; le llevaré a casa; pero primero entraré yo para advertirla... Si ella no le habla... yo se lo ruego... no le diga nada... ¡Ha sufrido tanto la pobrecilla!

Caminaron en silencio y subieron hasta la pequeña habitación que ocupaban los Rinaldi.

—Marta... Marta... —dijo el buen viejo, temblando de emoción—. Te traigo una sorpresa...

—¿Qué ha comprado usted, tío?— sonrió la muchacha, creyendo que se trataba de alguna golosina.

—No he comprado nada... Es algo mejor... Es Carlos que viene a verte...

—¿Carlos!... ¡Oh, no, no, tío!... ¡No quiero que me vea así!—dijo Marta, poniéndose en pie como si quisiera impedir con su actitud el acceso de aquel hombre que despertaba en ella todo un mundo de recuerdos, de ilusiones, de sueños desvanecidos y de esperanzas que jamás podrían realizarse.

—Está ahí fuera esperando... No puedo decirle que no quieres recibirle —dijo Rinaldi en voz baja.

—Está bien, tío... Hágalo pasar, pero no le diga nada... Yo sabré disimular...

Marta cogió un libro en sus manos y fingió absorberse en su lectura.

—¡Marta!... ¡Marta!... —gritó Carlos, yendo hacia ella, con las manos tendidas.

La muchacha no vio aquel gesto y contestó friamente:

—Buenos días, Carlos.

—Marta... te he buscado por todas partes... ¿Por qué huiste? ¿Por qué me dejaste abandonado? ¿No estabas segura de mi amor?—inquirió Ledesma, con incontenido ímpetu, ansioso estrechar entre sus brazos a aquella desdichada criatura que quería darse un

aire de naturalidad y a la que veía sufrir a través de su respiración.

—Tío... ¿quiere dejarnos solos? —rogó Marta, sin levantar los ojos del libro.

Salió Rinaldi y entonces Marta, haciendo un esfuerzo superior a sus posibilidades, habló con fingida calma:

—Carlos... deseaba que llegara este momento... aunque hubiera querido evitarlo. Por evitarlo hui de la clínica... Te hice creer que te quería entonces, porque me convenía para mis planes artísticos... Tú eras el trampolín en el que podía ya saltar de mi nada a la cumbre de la gloria... Por eso te hice creer que te amaba, para que me lanzaras y para obtener mi triunfo artístico...

—No es posible... —murmuró Carlos desconcertado, sin saber si la muchacha le decía la verdad o trataba de engañarlo.

—Sí... es cierto... Te menté entonces... te menté porque me convenía...

—Así... ¿no me quieres ya?—preguntó él, sintiendo un frío intenso helarle el corazón.

—No... ya no te quiero—afirmó ella, apretándose el corazón para que no le saltara en el pecho hecho añicos.

—¿Hay otro hombre en tu vida...? —insinuó él.

Marta no contestó y buscó en vano el libro, por temor a que él descubriera su ceguera.

Ledesma, muy suavemente, compadecido del vano sacrificio que estaba haciendo aquella chiquilla, puso el libro bajo sus dedos, sin que ella pudiera darse cuenta de su muda ayuda. Cuando Marta creyó haber encontrado por sí misma el libro, sonrió victoriosa y dijo de nuevo:

—Vete, Carlos, vete... ya no te

amo... y no quiero volver a verte más.

Cuando oyó que la puerta se cerraba tras de él, se desplomó en una silla y lloró como nunca había llorado, lloró con todo el dolor de su alma de mujer enamorada que sufría el más cruel y espantoso de los martirios: renunciar a su amor por un exceso de sensibilidad.

...

Unos días después llamó a la puerta de casa de los Rinaldi un caballero que preguntó:

—¿Vive aquí el profesor de contrabajo señor Rinaldi?

—Soy yo mismo —replicó Rinaldi, extrañado de que alguien en el mundo hubiera oído hablar de él.

—Mucho gusto en conocerlo... Soy el doctor Hugo Walter, muy aficionado al contrabajo, y quisiera tomar algunas lecciones... Me han dicho que era usted el mejor maestro de la ciudad y aquí vengo para ver si podemos ponernos de acuerdo.

—¡Oh, siéntese, siéntese!... ¿Qué alegría encontrar una persona que comparta mi entusiasmo! ¡El contrabajo es un instrumento muy despreciado, pero yo creo que tiene una gran importancia en la historia de la música! Una orquesta sin contrabajo sería como un canto sin acompañamiento, algo inacabado, incompleto... El contrabajo forma el fondo de la música; es como el trébol de fondo del escenario, en el que

las luces y los colores han de ser sabiamente estudiados, para dar realidad a la escena; así, cada nota del contrabajo, es una pincelada de color o un rayo de luz en el juego de los violines y de las violas.

Se había desbordado Rinaldi, como siempre que se le dejaba hablar sin interrupción del arte contenido dentro de la gran caja de música que era el contrabajo.

El médico disimulaba una sonrisa de hombre de bien, mientras observaba atentamente a aquella muchacha que estaba sentada frente a él, con la mirada perdida en una lejanía desconocida, con las grandes pupilas paradas en sus órbitas, como dos astras que se hubieran detenido en el camino sideral.

Vagamente hizo un mudo gesto de interrogación.

Rinaldi asintió con tristeza, interrumpiéndose en su entusiasmo musical.

—Soy oculista, me he especializado en los Hospitales de Viena y de Pa-



ría... Si me permitiera hacer un reconocimiento suscito en esos ojos...

—¿Es usted oculista, doctor?—inquirió Marta, con una tenue esperanza prendida en su alma.

—Sí, señorita, y he visto curas maravillosas surgir entre mis dedos... ¿Me permite usted que la examine?

—¡Oh, sí, doctor! Pero no tengo esperanza... Quedé ciega en un accidente... No tengo esperanza...

El médico examinaba ya detenidamente la vista de la enferma y tras un largo reconocimiento hecho concienzudamente, ya que no a otra cosa había ido a aquella casa, requerido por Ledesma, que le había rogado tuviera el máximo cuidado con la enferma para no herir su susceptibilidad ni ofender su orgullo si llegaba a sospechar que iba mandado por el hombre al que había casi arrojado de su casa, le dijo:

—Señorita, tengo la satisfacción de decirle que los reflejos oculares están perfectamente conservados y que una operación sencilla podría devolver a usted la vista... Sólo una imprudencia en la primera cura, el levantar la venda antes de tiempo por equivocación del médico o por descuido, hizo que no quedara usted curada totalmente al ocu-

rrir el accidente... Yo me comprometo a devolverle la vista antes de un mes, si es que quiere usted someterse a mí...

—¡Oh, doctor, es un sueño tan bello pensar que puedo volver a ver, que casi no me atrevo a esperarlo! —suspiró Marta, sonriendo con inefable felicidad.

—Doctor... nuestro mayor anhelo sería poder curar a la enferma... pero ya ve usted nuestra situación...—dijo Rinaldi, mostrando con una mirada la pobreza en que vivían.

—No debe apurarles esto... ¿No he venido a pedirle lecciones de contrabajo? Pues... cuentas arregladas... Usted me enseña a tocar y yo opero a la señorita... ¿No le parece un arreglo maravilloso?

—¡Maravilloso, ciertamente! —exclamó Rinaldi, elevando sus ojos al cielo en un mudo acto de agradecimiento por aquel favor tan grande que la Providencia les deparaba por manos de aquel médico desconocido.

—Bien, si la señorita consiente, mañana mismo podemos hacer la operación.

—Por mí ahora mismo, doctor... ¡Es tan triste no tener luz en los ojos! —exclamó Marta.

...

Como lo había previsto el sabio doctor, la operación, sencilla dentro de las dificultades que siempre ofrece el órgano visual, tuvo excelentes resultados, y como aquella vez Marta tuvo paciencia de esperar a que fuera el mismo médico quien le levantara el vendaje, tuvo la alegría incomprensible de comprobar que su vista había vuelto y que de nuevo podía admirar la serenuidad del horizonte, la expresión de dicha en el rostro de su tío, el reflejo de íntimo y legítimo orgullo en los ojos del operador y la belleza de todo cuanto la rodeaba, tanto mayor cuanto que largas y espantosas fueron las semanas de su absoluta oscuridad.

Marta volvió a su casa caminando sin necesidad de ayuda, admirando cuanto veía por la calle, sin acertarse a explicar cómo había podido realizarse aquel gran milagro, aquella cosa prodigiosa de poder volver a contemplar todo aquello que poco a poco hubiera ido borrándose de su imaginación.

Cuando estuvieron en casa, su tío, abrazándola, le dijo emocionado:

—Y ahora, nena, ¿no tienes nada que decirme?

—Sí, tío... ¿Que soy feliz?... ¡Completamente feliz!

—¿Porque vuelves a ver?

—Sí, tío...

—¿Por nada más?... ¿No será, también, porque los ojos del alma han despertado al mismo tiempo?... ¿No será porque vuelves a sentirte capaz de amar?...

—¡Tío! — exclamó Marta, llorando con un dulcísimo y beneficioso llanto.

—¡Ay, nena, yo no soy muy viejo, pero puedo decir, con el poeta: "Para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal!..."

Todo parecía querer sonreír de nuevo a Marta, porque en aquel momento, y después de una ausencia que había durado muchos meses, llegó su padre, a cuyos brazos se arrojó en un rapto de júbilo:

—¡Papá, papá mío!... ¡Al fin me has perdonado!—exclamó Marta.

—Nunca estuve enojado contigo, mi pequeña Marta... Pero no podía actuar con libertad... Ahora volveremos a trabajar juntos... ¿Qué te parece? Tu tío se ha hecho un nombre como contrabajo desde que ha dado lecciones a ese célebre doctor que te ha curado... Todos hablan de ello... Será muy fácil encon-

trar buenos contratos con tu voz, con tu arte, con lo bien que te conoces ya el público a consecuencia de todo lo ocurrido... ¡La dicha puede aún sonreírnos, Marta!... ¡Ahora que la que se interponía entre tú y yo se ha apartado de mi camino!... —concluyó diciendo, con un deje de tristeza.

—Sí, sí, papá... ¡Aun podremos ser felices!...

\*\*\*

Mientras estas escenas ocurrían en casa de los Rinaldi, Carlos Ledesma había ido a felicitar y a agradecer a su amigo el doctor Hugo Walter todo cuanto había hecho por Marta.

—Ha sido para mí una emoción tan grande saber que Marta está curada, que todo cuanto me pidieras me parecería poco para mostrarte mi agradecimiento.

—No te preocupes—replicó el doctor, riéndose a carcajadas—. Ya ha cumplido por tí el tío de la muchacha... ¿Quieres ver lo que me ha regalado?

—Sí... ¿Se ha portado bien?...—inquirió Carlos, con curiosidad.

—¡Perfectamente!... Pero ahora me

vas a decir tú qué es lo que yo voy a hacer en mi clínica con este monstruo...

Y le enseñó un magnífico contrabajo que Rinaldi le había regalado.

Carlos Ledesma rió también.

—¿Es que creyó de veras que a tí te gustaba la música?

—¡Y tan convencido!... Si vieras las sesiones que me ha dado y que he tenido que aguantar... Sólo por un amigo como tú pueden hacerse estos sacrificios.

—Gracias, Hugo... Has devuelto la vista a Marta y a mí me has devuelto la felicidad... Voy corriendo a buscarla antes de que se me escape por segunda vez.



...

Por segunda vez se le había escurrido de las manos aquella chiquilla. Marta había desaparecido de su casa con el mismo misterio impenetrable con que desapareció de la clínica en Río de Janeiro.

Carlos Ledesma, bajando la cabeza ante la fuerza del destino, reflexionó unos momentos e hizo sus averiguaciones. Supo que la había ido a buscar su padre, según le dijo el portero de la casa, y se había marchado con él y su tío.

Los Rinaldi habían vuelto a su vida de artistas de la legua, de pobres parias que corrían de un pueblo a otro haciendo sus pantominas y sus exhibiciones que sólo en la ingenuidad ignorante del pueblo podían hallar un eco. Marta se había sometido a ello en agradecimiento a Dios, que había permitido que le volviera la vista... Debía regenerarse de su mentira pasada con su miseria presente, y por esto había aceptado sin réplica la propuesta de su padre.

En un tren mixto, en tercera clase, llegaron hasta aquella pequeña estación perdida en la pampa donde un día encontró a Ledesma, y allí se detuvieron para hacer un cambio de tren que les debía conducir más al interior del país.

Marta, sentada en un banco de la estación, al lado de su tío, murmuró con leve tristeza:

—Ya volvemos a ser lo que éramos... pobres artistas ambulantes, sin perspectivas de gloria ni halagos del público... Vivimos un sueño muy bello... pero irreal... Por eso se hace un poco difícil enfrentarse con la realidad que es tan dispar de lo soñado...

—Sí, hija mía... ya te dije yo que el caminito de la gloria era un sendero lleno de rosas de un lado, repleto de espinas del otro...

—Rosas y espinas... es verdad... Aquí le vi por primera vez... De rosas y espinas estuvo también forjado nuestro amor...—murmuró Marta.

Y después de quedarse un rato so-

ñadora, evocando el pasado, cantó con hondo sentimiento:

Caminito que el tiempo ha borrado,  
que juntos un día una vez pasaste;  
he venido por última vez,  
he venido a contarte mi mal.

Caminito que entonces estabas  
bordado de trébol y juncos en flor;  
una sombra muy pronto sería,  
una sombra lo mismo que yo.

Desde que se fué,  
triste vivo yo;  
caminito antiguo,  
yo también me voy.

Desde que se fué,  
nunca más volví;  
seguiré tus pasos,  
caminito, adiós.

Caminito que todas las tardes  
feliz recorría cantando mi amor;  
en le digas si vuelve a pasar  
que mi llanto su suelo regó.

Caminito cubierto de espinas,  
la mano del tiempo tu huella borró;  
yo a tu lado quisiera caer  
y que el tiempo nos mate a los dos.

Al terminar su canción escuchó una voz amada que pronunciaba su nombre:

—¡Marta!

Volvióse y vió a Carlos Ledesma

frente a ella. Sin pensar lo que hacía se precipitó en sus brazos y dejó que la besara largamente.

El expreso en que Carlos había llegado, comenzó a mover con lentitud sus ruedas y los vagones desfilaron, con todo su lujo y su alivez, delante de ellos.

—¿No te recuerda nada este tren?  
—preguntó Carlos, mirándose en aquellos ojos que volvían a ser los mismos que por primera vez había visto en aquella misma estación y que siempre, desde entonces, habían iluminado el camino de su vida.

—¡Oh, Carlos, Carlos mío! —exclamó Marta, sintiendo que en su camino se apartaban para siempre las espinas.

El la estrechó sobre su corazón y sus labios se unieron en un éxtasis de amor. Aquel era el verdadero camino de la gloria para Marta, porque no hay gloria comparable al triunfo de un amor sincero como el que le ofrecía aquel hombre al cual debía toda su dicha y todas sus esperanzas para un futuro prometedor y esplendoroso.



**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
los mejores asuntos  
cinematográficos

**EDICIONES BISTAGNE**





